



el hombre que no era nadie

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

EL HONMBRE QUE NO ERA NADIE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 650

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 35.014 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1974

© KEITH LUGER, 1974

texto



cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer, una señora de cincuenta y cinco años, más bien gruesa, tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

—¿Es que no sabe dónde pisa? —Gruñó, dirigiéndose al hombre que la había empujado.

El individuo volvió la cabeza y la miró fijamente. Era una mirada absurda para un hombre que pretendía excusarse. La señora esperó la disculpa y viendo que él permanecía quieto abstraído, hizo una mueca despreciativa.

—¡Bah!... ¡Ni siquiera educación!

Y siguió su camino refunfuñando.

El hombre miró de nuevo al frente y echó a andar con lentitud. Era de estatura regular y pesaría los sesenta y cinco kilos. Vestía un traje marrón y cubría la cabeza con un sombrero del mismo color. Su rostro era una máscara inexpresiva. Una máscara en la que sólo resaltaba una mezcla de colores. El verde botella de sus ojos, el aceitunado del cutis, el rojo de sus labios y unas manchas cárdenas a ambos lados del cuello. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Eran las ocho de la tarde de un día de febrero. Antes de ponerse el sol había llovido y la calle brillaba, al caer los haces de luz del alumbrado sobre los pequeños charcos. La temperatura era baja y una suave y fresca, brisa, invitaba a arrebujarse en el abrigo.

Sin embargo, aquel hombre no llevaba abrigo y se portaba como si se encontrase bajo el ardiente sol del mes de agosto.

Se detuvo y abrió la boca tragando aire, llevó su mano derecha, al cuello de la camisa y lo desabotonó. Luego, bajó el nudo de la corbata y continuó andando.

Transitaba por una de esas calles vulgares de Nueva York. Calle de barrio en donde se apiñan los obreros de talleres industriales y en donde existen negocios de pequeña envergadura.

Pasó junto a una tienda de radios. Sobre la parte superior de la puerta, un altavoz lanzaba las notas estridentes de un *boggie*. Apretó inconscientemente el paso huyendo de la música. Un vendedor de periódicos le tendió un ejemplar cuando se cruzó con él. Hizo un gesto negativo, pero cinco segundos más tarde quedó inmóvil. Comenzó a volverse haciendo tintinear en su bolsillo unas monedas.

—¿Tiene fuego? —dijo una voz a su espalda.

Venía de la derecha. De un rincón, junto a una puerta, al que no llegaba la luz de los focos. Sólo vio unas piernas al principio. Pero las piernas se movieron y de la oscuridad salió un hombre joven, de rostro sonriente, con un cigarrillo en la boca.

—Se me acabaron las cerillas y no puedo moverme de aquí... —explicó.

El individuo, acalorado, asintió con la cabeza y buscó la caja de fósforos. La encontró cuando introdujo por tercera vez su mano en uno de los bolsillos de la americana.

El otro la tomó y frotó una cerilla. La brisa apagó la llama antes de que pudiera encender.

—Me acercaré al rincón... —dijo, mirándole a los ojos.

No encontró respuesta y se arrimó a la pared.

El segundo fósforo también se apagó sin resultado. El siguiente fue el del éxito. Lanzó una bocanada de humo y giró sobre sus talones. Quedó desconcertado. El hombre que le había prestado la caja caminaba ocho metros más arriba.

—¡Eh, oiga! —gritó.

Pero el desconocido no volvió la cabeza.

Jimmy Price, el hombre que había pedido fuego, sacudió la cabeza y guardó la caja de fósforos en el bolsillo. Frisaba en los veintisiete años de edad y era moreno, de complexión robusta y rostro de facciones simpáticas. Se apoyó en la pared y dirigió la mirada a una de las ventanas de la casa vecina. Aquella mujer continuaba allí. Hacía cerca de una hora que había entrado y él había consumido cuatro cigarrillos y el poco *whisky* que le quedaba en su petaca. Sonrió al recordar que en el mes y pico que llevaba trabajando para George Baxter, Agencia de Detectives, Informes confidenciales, aquel plantón era el que hacía la docena. ¿Y ése era el trabajo de detective particular? Tenía que apretar los puños para

no mandarlo todo al diablo. Había dicho la verdad Baxter cuando le dijo que la mayoría de los asuntos de su Agencia eran espionaje, de carácter familiar. Maridos sin escrúpulos, mujeres infieles, muchachos alocados... una colección para un museo. ¡Y George le había hecho gastar tres dólares en la licencia de una automática! Como no fuera para matar gatos.

Y lo peor era que aquella mujer a la que esperaba le había hecho perder su sesión de cine. En un local del centro daban «Asesinato al amanecer». Había oído que era muy buena y que en la cinta salían un par de «gangsters» escalofriantes. Dos actores que se habían aprendido bien el papel. Para luchar con tipos así valía la pena ser detective particular.

Pensó que aquellos dos hombres que pasaban frente a él en aquel instante no podrían interpretar nunca papeles de «gángster». Eran dos sujetos vulgares y anodinos. Uno alto, con maneras de escribiente y el otro, más bajo, de aspecto enfermizo. Se detuvieron unos segundos, cuchichearon unas palabras y siguieron andando.

Jimmy Price volvió a mirar a la ventana. Distinguió perfectamente una sombra. Una sombra de mujer. Chasqueó a Lengua al imaginar la cara que pondría el cliente cuando Baxter le alargase el informe por encima de la vieja mesa de su despacho. Incluso pensaba en la fraseología de su jefe.

—«Ajá... George Baxter siempre da en el clavo... Desde luego las noticias no son muy halagüeñas para usted, pero ante todo está nuestro deber...».

Un automóvil se deslizó suavemente por el pavimento. Tan suavemente que Jimmy Price, olvidando a su jefe, jugó a intentar leer su matrícula. Era de Nueva York con el número 32 624.

Un «Dodge» modelo 1947.

Dio una chupada al cigarrillo y respiró profundamente. Sabía que era una señal inequívoca de que se estaba aburriendo. Daría cualquier cosa porque la mujer se decidiera a salir de una vez.

De pronto, sonaron dos estampidos. Jimmy Price se estremeció un segundo. Una mujer lanzó un grito. No esperó más. Se lanzó calle arriba a toda velocidad. A treinta metros vio un coche que maniobraba dando la vuelta. El conductor pisó el embrague y el vehículo dio un salto de animal herido, rugiendo. Jimmy disminuyó

su carrera cuando el automóvil pasó a su altura. Era el «Dodge» modelo 1947. ¡Y en el interior iban los dos hombres vulgares y anodinos!

—¡Lo han matado! ¡Lo han matado! —gritó una mujer.

En treinta segundos, Jimmy estuvo al lado del hombre que se hallaba tendido, boca abajo, en la acera.

Una rubia no cesaba de lamentarse y de mirar al cuerpo caído con los ojos en blanco. Unas cuantas ventanas se abrieron y algunas personas se decidieron a acercarse con las naturales reservas por si el tiroteo aun no había acabado.

Jimmy volvió el cuerpo. Lo había reconocido viéndole de espaldas. Era el hombre que le había prestado la caja de cerillas. Quedó estupefacto cuando contempló su rostro con los ojos abiertos, mirándole. Estaba vivo y no daba la impresión de haber recibido herida alguna.

—¿Dónde le dieron? —preguntó Price, sosteniéndole la cabeza.

El otro no contestó y se puso en pie sin ninguna vacilación. El grupo de curiosos creció en unos instantes.

—Hay que avisar a la policía —dijo un hombre gordo.

Pero el accidentado movió negativamente la cabeza.

—No... no lo hagan... ya me voy...

Sacudió las palmas de las manos en sus muslos y echó a andar deprisa.

Ninguno de los curiosos osó replicar, sorprendidos por el rápido desenlace del suceso. Y Jimmy Price estaba comprendido entre ellos.

—Se ha dejado el sombrero... —dijo alguien.

—Ese hombre está loco. ¿No han visto su mirada? —indicó otro.

—¡Déjese de cuentos! ¿Cómo estaría usted después de que intentasen liquidarle? —replicó un tercero.

Jimmy reaccionó, tomando el sombrero de la mano del que lo había recogido del suelo y echando a correr tras su propietario.

No lo alcanzó antes de haber recorrido cien metros.

—¡Eh... oiga! ¡Su sombrero!

El desconocido sólo se detuvo cuando la mano de Jimmy le aferró el brazo derecho.

—Mi... ¿Mi sombrero? —balbuceó.

Jimmy frunció la frente al observar la mirada perpleja de aquel

hombre.

—Claro. Su sombrero. Se le cayó... —murmuró.

—Sí... se me cayó... el sombrero.

Los ojos de Price se detuvieron en una mancha roja.

—Le han herido en el brazo.

Notó cómo se estremecía.

—¿En el brazo?

—Sí, lo tiene manchado de sangre.

—No, no es posible... No me duele nada...

—Eso es frecuente. Probablemente solo le ha rozado el proyectil.

Pero de aquí a unos minutos empezará a sentir el hormigueo...

—No debe ser nada... ¿Me da el sombrero? —el desconocido lo tomó de la mano de Price y continuó—: Gracias... por su interés.

Fue a volverse, pero Jimmy no se daba por vencido. Estaba realmente interesado en el asunto y empezaba a entrever la posibilidad de una aventura que valiese la pena.

—Oiga, tengo mi coche un poco más abajo. Lo llevaré a donde quiera.

Sin esperar a que aceptase la invitación se puso a caminar a su lado.

Recorrieron la distancia que los separaba del coche de Baxter en silencio. Jimmy se adelantó y abrió la portezuela delantera.

—Entre. Se encontrará mejor si no hace ningún esfuerzo.

El otro vaciló, pero Jimmy le cortaba el paso. Decidió penetrar. Price dio la vuelta, y tomó asiento frente al volante. Segundos después arrancó el coche.

—¿Dónde se aloja? —preguntó de repente Price.

—Pues... pues prefiero ir a cualquier bar... donde no haya mucha gente.

—Ajá, un buen *whisky* siempre vendrá bien.

De nuevo sobrevino el silencio. Se alejaron del barrio donde había tenido lugar el atentado. Diez minutos más tarde, Jimmy detuvo el coche ante un establecimiento en cuya parte superior, en luces neón de color azul, se leía: «La Luciérnaga».

El desconocido miró la puerta del bar con cierto escrúpulo. Y el detective captó la sensación.

—Es tranquilo y acogedor a estas horas. Sólo se llena después de la salida de los teatros. Vamos.

Saltaron a tierra y se encaminaron hacia la entrada.

El local tenía una decoración recargada, efecto que se acentuaba por sus reducidas dimensiones. Había dos hombres junto a la barra, sobre la que se acodaba un mozo de rostro pálido y ojos saltones. Una pareja se arrullaba, sin demasiados prejuicios, en un rincón. Un camarero de aspecto cansado que leía, una novela, sentado cerca de la puerta que conducía al interior, se incorporó al ver entrar a los nuevos clientes.

Jimmy dirigió una mirada retrospectiva al contenido de «La Luciérnaga» y después dijo a su acompañante:

—Allí estaremos bien.

Señalaba una mesa apartada en el extremo opuesto a la ocupada por los enamorados.

Se sentaron y pidieron dos *whiskys* al solícito camarero. Guardaron silencio hasta que les sirvieron. Jimmy cogió su vaso y lo miró al trasluz.

—No sé lo que haría si a veces me faltase este brebaje —dijo mientras miraba, a su extraño interlocutor.

El desconocido no replicó. Pasó la lengua por sus resecos labios y tomó su vaso con mano vacilante. Apuró el contenido de un solo trago.

Jimmy bebió un pequeño sorbo y dijo:

—¿Quiere otro?

El aludido hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—En Normandía, después de tres días de lucha, descubrimos un depósito de *whisky* que habían entrado los contrabandistas antes de la invasión y lo acabamos antes de una semana —explicó Jimmy—. Durante la borrachera conquistamos trece fortines erizados de cañones, capturamos a punta de bayoneta un centenar de nidos de ametralladoras y no nos lanzamos en busca de París porque para entonces no nos quedaba ni una sola botella del reconfortante.

Rió con ganas cuando terminó, pero el desconocido ni siquiera distendió los labios en una sonrisa comprensiva.

Jimmy carraspeó un par de veces y sacó un paquete de cigarrillos. Ofreció y su acompañante tomó uno. Encendieron y lanzaron varias bocanadas de humo antes de que Price volviera a romper el silencio.

—Por si le interesa, mi nombre es James Price —dijo

suavemente—. Detective particular.

El otro dio un respingo y se quedó mirándole al rostro.

—¿Detective... particular? —inquirió balbuceante.

—Sí, ya sabe, esos sujetos que se meten en todas partes y andan recibiendo testarazos...

El desconocido volvió a guardar silencio.

—¿No tiene nada que decirme? —preguntó Jimmy con indiferencia.

—¿Quiere decir... que anda detrás de mí?

—¿De usted? En absoluto, todo ha sido circunstancial. Estaba realizando un trabajo cuando usted se cruzó en mi camino.

—Pero yo...

—Sí, ya o sé —le interrumpió Price—. Usted no me ha dicho que lo acompañase. Ni a mí me gusta hacer de niñera. Da malos resultados. Pero esos pildorazos que le han enviado me han hecho hervir la sangre en las venas. He supuesto que necesita ayuda. Y bueno... ¡Que me maten si no pienso prestársela!

—Pero usted no sabe quién soy y...

—¿Por qué no deja de poner peros?

—Es que no me ha dejado terminar —dijo el desconocido, haciendo una pequeña pausa mientras tragaba saliva.

—Bien, termine.

—Usted no sabe quién soy... NI YO TAMPOCO.

Jimmy Price no estaba preparado para oír semejante revelación. Y durante unos segundos su cerebro trató de «digerir» las últimas palabras del extraño sujeto.

—¿Dice usted que...?

—Que no conozco mi identidad. La he olvidado... ¡Es como si acabase de nacer! ¡Mucho peor! ¡Como si estuviese enterrado en vida!

El desconocido se llevó las manos a la cabeza moviéndola nerviosamente de un lado a otro. Jimmy tomó el vaso de *whisky* y lo vació en su garganta.

—¡Esto es enorme! —exclamó—. ¡Sencillamente asombroso! Yo creí que esto ocurría nada más que en el cine y en las novelas.

—Y en la vida real —dijo el otro con voz ronca que más parecía un lamento.

—Pero... ¿y ese atentado?... ¿Por qué lo querían matar? ¡Está

claro! ¡ESOS HOMBRES SABÍAN QUIÉN ERA USTED!

El amnésico asintió con la cabeza.

—¿Por qué no empieza a contarme desde el principio? —invitó Jimmy, expectante.

—¿El principio?

—Sí, desde el momento en que se dio cuenta de QUE USTED NO ERA NADIE.

El otro quedó unos instantes con la mirada fija en el mantel verde que cubría la mesa sobre la que se apoyaba.

—Haga lo posible por recordar... cuanto pueda.

Levantó la cabeza y aplastó la colilla del cigarrillo en un cenicero de cristal.

—Lo único que recuerdo es que me vi de pronto acostado junto a un árbol en la calle... 106... Fue hace un par de horas... El lugar estaba solitario... Era la parte trasera de una casa de dos pisos...

—¿Qué número?

—No lo sé. Ni caí en el detalle de averiguarlo. Me sentía aturdido y comencé a caminar dando traspiés. Quería alejarme cuanto antes de allí. Tenía la sensación de que me estaban aplastando el cerebro entre dos planchas... un zumbido en los oídos... náuseas...

El desconocido dio un gemido y dejó caer la cabeza entre sus brazos.

—No tiene que apurarse —le animó Jimmy—. Pertenezco a la Agencia de George Baxter y le aseguro que jamás hemos fracasado en un caso.

Price pensó que, al fin y al cabo, desde que él pertenecía a la Agencia se habían resuelto satisfactoriamente los dos casos que se le habían encomendado. No mentía, pues.

El amnésico levantó la cabeza.

—Es que yo no tengo dinero para pagar una investigación...

Jimmy frunció la frente.

—Sí, claro... —De pronto golpeó con el puño derecho la palma de la mano izquierda—. ¡Naturalmente! ¿No se da cuenta?

Su interlocutor lo miró con precaución.

—¡Sí, hombre! —Siguió Price—. ¡Usted puede ser un millonario! ¡O un hombre de negocios! ¡O un productor de cine!... ¡Pagaré cuando establezcamos su identidad!

El otro asintió con lentitud.

—¡Manos a la obra! Vamos a ver. ¿Se ha mirado usted los bolsillos?

—Sí.

—¿Y qué ha encontrado?

—Tres dólares y... un billete de autobús.

—Deme ese billete.

El desconocido metió la mano en el bolsillo derecho y extrajo un papel de unos cinco centímetros de largo por tres de ancho, de color rosa.

Jimmy lo tomó y examinó.

—National Bank, Long-Island, 6 de febrero de 1950. ¡Hoy! —leyó en voz alta—. ¡Esto es algo!

—¿Usted cree?

—¡Naturalmente! ¿Sabe que la calle 106 es la más próxima a Long-Island?

—No sé.

—Y dice que el primer recuerdo arranca de la calle 106... Creo que voy a hacer una visita a esas residencias señoriales... Puede que cualquiera de ellas sea su propio hogar SEÑOR EQUIS... lo llamaré así, provisionalmente...

—Pero el hecho de que haya utilizado ese billete de autobús indica lo contraria... quiere decir que quienquiera que yo sea... no tengo coche propio...

—No es un argumento definitivo. Son frecuentes las rarezas en los individuos podridos de dinero. Si me permite usted la expresión.

El señor Equis tosió un par de veces.

—Cuando me he separado de usted... después del atentado, pensaba dirigirme a la Policía.

—¿La Policía? —preguntó inquieto el detective.

—Pensé que era la mejor solución y la única, creo yo, que tenía.

—Bueno no es que tenga nada contra ellos. Pero quizá le perjudique...

—¿Por qué?

—Los muchachos de la Prensa caerán sobre usted como buitres y mañana aparecerá en la primera plena de los periódicos... la Policía lo interpretará y admitirá como una especie de colaboración, y ya se puede figurar el resto, usted será identificado enseguida...

—¿No es eso lo que usted también se propone y lo que yo necesito con urgencia?

—Sí, pero yo no pretendo ESA CLASE de identificación.

—¿Qué quiere decir?

Jimmy tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿No ha pensado que una identificación SENSACIONAL puede que no le interese? Usted podría ser una persona a la que la publicidad lo hundiese... ya sabe a lo que me refiero, puede tener cosas de carácter íntimo que podrían salir a relucir y que usted le conviniese guardar en secreto. Partimos de la base de que NO SABEMOS QUIÉN ES.

—Sí, quizá tenga razón.

—Lo que haré es marcarme yo mismo un plazo. Por ejemplo, dos días. Si en cuarenta y ocho horas no consigo devolverle su verdadero nombre, yo mismo seré el que le presente a la Policía para darle cuenta de lo sucedido. ¿Está de acuerdo?

—Perfectamente.

Jimmy guiñó un ojo, asintiendo. Chasqueó la lengua y dijo:

—Ahora lo voy a retirar de la circulación.

—¿Retirar de la circulación?

—Ajá. Esos tipos que atentaran contra usted no tardarán en saber que fallaron la puntería. Y volverán a buscarle para acabar la faena. Aún no le he dicho que, casualmente tomé la matrícula del «Dodge» en que se marcharon y que me fijé en las características de la parejita. En cuanto me dé una vuelta por Long-Island, y si no obtengo resultado, me dedicaré a ellos. Ahora me va a acompañar y mientras yo trabajo, usted se alojará en mi departamento.

—No puedo consentir...

—Usted no consiente nada. Quiero tenerlo cerca y mi piso es el mejor lugar para ello.

Jimmy hizo una señal al camarero. Pagó la consumición y se incorporó al mismo tiempo que el señor Equis.

Salieron de «La Luciérnaga» y se introdujeron en el coche de George Baxter.

Media hora más tarde subían en el ascensor de un edificio color rojo de la calle 70. Se detuvo en el quinto piso y después de salir de la jaula, Jimmy se dirigió, seguido de su acompañante, a la puerta señalada con el número

abrió y penetraron en el interior.

El apartamento constaba de una salita de recibir, un dormitorio, un comedor, la cocina y el cuarto de baño.

—Tome asiento y considérese en su casa —dijo Jimmy.

El amnésico se sentó en un sillón tapizado en azul y quedó en actitud pensativa.

—Voy a hacer una llamada antes de marcharme —habló Price—. En el dormitorio hay un par de camas... por si a mi abuelito se le ocurre dejarse caer.

El señor Equis salió de su perplejidad y sonrió por primera vez.

Jimmy tomó el teléfono que había sobre una pequeña mesa, junto a una biblioteca de cinco estanterías repletas, y marcó un número.

—¿Baxter?... sí, asunto concluido. Lo que era lógico. ¿Qué esperaba ese gorila? Naturalmente, la mujer anduvo de visita. Un divorcio más. Eso le enseñará a ese tipo que cuando se está casado es necesario olvidar a las chicas del conjunto. No, no puedo hacer el informe. Hágalo usted. Ya le explicaré mañana. ¡El caso del año! No puedo añadirle nada. Quiero golpear en caliente. Adiós.

Colgó y dio unos pasos por la habitación. Se detuvo y sacó del bolsillo trasero del pantalón una automática del calibre 32 con cachas de marfil blanco. La alargó a su desconocido cliente.

—Ahí tiene. La necesita más que yo. No creo que nos hayan seguido. Estuve vigilando por el espejo retrovisor cuando veníamos y no vi nada extraño. Pero todas las precauciones son pocas. Supongo que no habrá olvidado cómo se dispara.

El otro tomó el arma con la mirada, fija en ella.

—Es raro... —dijo.

—¿Qué es raro?

—Tengo la sensación... la impresión de que una pistola... la imagen de una pistola trata de forjarse, de descubrirse en mi cerebro.

—¿Una pistola... como ésta?

—No, no es como esta... más grande... y negra... toda negra.

—¡Trate de recordar! —exclamó Jimmy, adelantándose hacia su cliente, conteniendo la respiración.

El amnésico cerró los ojos y frunció la frente, mientras hacía

esfuerzos por rememorar. Transcurrieron unos segundos durante los que Jimmy no podía ocultar su emoción. De pronto, estalló el desconocido.

—¡Es imposible! ¡No puedo!... ¡Sólo veo una pistola...! ¡Una pistola negra!... ¡Sí! ¡Y una mancha roja!... ¡Una gran mancha roja!... ¡¡SANGRE!!... ¡ES SANGRE!

—¡Cálmese! ¡Cálmese! —gritó Jimmy zarandeando al desconocido por los hombros.

El amnésico pareció volver en sí y clavó sus ojos asustados en el rostro de Jimmy.

—Sí, señor Price... he visto sangre. ¿Cree usted...?

—¡Yo no creo nada! ¡Eso no significa nada!

En ese instante, Jimmy se dio cuenta de unas pequeñas manchas cárdenas que su cliente tenía en la parte inferior, derecha e izquierda, del cuello. Se quedó vacilando, pero optó por callar. Aquel hombre ya estaba bastante asustado y lo que necesitaba era descansar, dormir. Cuando volviese de Long-Island tendría tiempo de hacerle preguntas sobre aquellas manchas, aunque ya conocía su procedencia. Recordaba el aspecto que ofrecía el cuello de una joven, de su pueblo natal de Virginia, después de ser estrangulada por un muchacho al que repetidamente había rechazado.

—Váyase a dormir —dijo, dándole unas palmadas amistosas—. Si tiene hambre, en la nevera encontrará carne. Y en la despensa hay unas latas de conserva y pan. En la mesilla de noche tengo una botella de *whisky* y otra de ginebra. Y no abra la puerta a nadie, sea quien sea el que llame. Aquí tiene la llave, y enciérrese en cuanto yo salga. Cuando venga silbaré unos compases de «Tiempo borrascoso»... así...

Jimmy silbó unas notas.

El desconocido afirmó con la cabeza y tomó la llave.

En aquel instante llamaron a la puerta nuevamente. Los dos hombres volvieron la cabeza con rapidez. En el rostro del amnésico se reflejó el pánico. Price le quitó a pistola y se acercó lentamente hacia la puerta. Sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—¿Quién es? —gritó, pegándose a la pared.

—Un telegrama, señor.

¡El truco del telegrama! ¡Abrir la puerta y ser cosido a balazos todo sería uno!

—Páselo por debajo de la puerta —dijo Jimmy, mientras quitaba el seguro a la pistola.

—Imposible, señor. Tiene que dar una respuesta.

—¿De veras? Échelo y ya veré si hay respuesta.

—Está bien, señor.

Transcurrieron unos segundos de angustioso silencio. El señor Equis se hallaba casi empotrado en un rincón, el más lejano de la sala.

Jimmy oyó el ruido producido por un papel al rozar la madera. Efectivamente, bajo la puerta apareció una nota de color azul. Se agachó cuidando de no ofrecer blanco y con un movimiento rápido se apoderó del papel. Cuando lo abrió, en su rostro apareció una sonrisa. Y luego soltó una carcajada.

—¡Ésta sí que es buena, señor Equis! Es un auténtico telegrama. Escuche. «De Culver para Nueva York. Llegó paquete a tu nombre. Procedente San Francisco. ¿Qué hacemos? Firmado Viejo Joe».

Jimmy siguió riendo mientras guardaba la pistola. Cuando abrió la puerta, un muchacho pecos, de unos veinte años, sonrió enseñando unos dientes grandes y planos.

—Pasa chico.

El joven penetró y extendió hacia Price un block y lápiz.

—Aquí tiene. Puede escribir la respuesta.

Jimmy garrapeó durante un par de minutos. Sacó dos dólares y los entregó al empleado.

—La vuelta para ti —le dijo.

—Gracias, señor.

Cuando el muchacho se alejaba, por el pasillo hacia el ascensor, después de oír que se cerraba a sus espaldas la puerta del apartamento, echó una ojeada a la respuesta al telegrama que aquel señor tan generoso enviaba. Y quedó estupefacto al leer:

«De Nueva York a Viejo Joe, de Culver, Virginia.
Abran paquete. Si es tabaco fúmenlo. Si es *whisky*,
bébanlo a mi salud Pero si es una rubia, envíenla con
rapidez. Pagaré los portes gustosamente, “Jimmy
Price”».

CAPÍTULO II

Jimmy conducía el «Ford» de George Baxter por una de las amplias avenidas de Long-Island. La velocidad no pasaba de los cincuenta kilómetros por hora. No confiaba mucho en que aquel paseo diese los resultados que deseaba. Estaba claro que el amnésico había tomado parte en una lucha antes de que perdiese la memoria. Una lucha a muerte, a juzgar por las manchas cárdenas de su cuello y las de sangre en la manga de su chaqueta. Y si admitía esa hipótesis, tenía que admitir sus consecuencias lógicas. Su cliente debió recibir un golpe durante la pelea que le ocasionó la amnesia. Y si él continuaba con vida después de una lucha a muerte, era porque SU RIVAL HABÍA DESAPARECIDO DEL MUNDO DE LOS VIVOS. Si todo había ocurrido de esa forma, en algún lugar de Long-Island, contando con que el billete del autobús indicase lo que suponía, se encontraba un cadáver. ¿Cuándo lo descubrirían? ¿Quién sería el muerto? Eran preguntas que pretendía contestar antes que nadie.

De pronto, el aullido lejano de una sirena interrumpió sus cavilaciones. Un coche de la policía se aproximaba. Vio sus faros por el espejo retrovisor. Jimmy fue aumentando la velocidad del «Ford» al mismo tiempo que lo acercaba al bordillo de la acera.

Al cabo de unos minutos lo pasó el coche policíaco, Pero para entonces su automóvil marcaba los setenta y cinco por hora y no le fue difícil mantenerse a la zaga. Su interés había aumentado porque había reconocido el coche de la Brigada de Homicidios.

La persecución continuó a través de la larga avenida. Jimmy rogaba al cielo que el lugar a donde se dirigían no estuviese muy lejos. Sería un milagro que no lo descubriesen. Estaba a su favor el que el coche oficial, por su mayor velocidad, lo iba dejando cada vez más atrás. Apagó los faros.

Su petición fue cumplida porque no tardó en ir disminuyendo la

intensidad de la sirena. Jimmy tuvo la precaución de frenar antes de que lo hiciese el automóvil policíaco. El «Ford» quedó alejado cerca de doscientos metros del otro.

Se apeó y echó a andar protegiéndose en la sombra de la pared. Se dio cuenta de que la casa hacia la que caminaba se hallaba aislada. Recordó que aquellas mansiones tenían el jardín en la parte trasera. Varios hombres de paisano saltaron del coche oficial y ascendieron la escalera que conducía a la entrada.

Price torció hacia la izquierda, siguiendo un muro de poco más de dos metros de altura. La casa tenía treinta metros de profundidad. Pero el jardín era espacioso. Tardó más de doce minutos, andando a paso ligero, en encontrar el final del muro. Un camino de grava conducía a la entrada trasera. Donde debía de encontrarse el garaje, como lo indicaba huellas de neumáticos. Por la curva que describía el camino, debía de salir a la avenida que había seguido desde Nueva York. La bifurcación debió de pasársele desapercibida. Pensó que el «Ford» estaba colocado en mal sitio.

Era inminente que lo descubriesen en cuanto saliesen de la casa un agente para registrar, por pura rutina, los alrededores. Iría a por él y buscaría el comienzo del camino de grava. No tenía prisa porque en aquellos momentos, se encontraba impotente para llevar a cabo cualquier investigación.

Ya se iba a volver, cuando llegó a sus oídos el motor de un coche y el crujido de la grava. Era un «Cadillac» último modelo el que apareció por la curva. Jimmy procuró quedar fuera de haz de luz de los focos. El automóvil penetró por una gran puerta central. Corrió hasta acercarse a ella. El vehículo se detuvo bajo un hangar, brillantemente iluminado, de grandes dimensiones y la iluminación aumentó cuando se abrió la portezuela trasera de la izquierda, dando paso a una mujer de una belleza extraordinaria. Aunque por la distancia a la que se encontraba era difícil apreciar los rasgos de su rostro con exactitud, la esbeltez de su cuerpo, entallado por un traje de noche negro, no dejaba lugar a dudas. Era una de esas mujeres que, aun viéndolas de lejos, impresionan por una hermosura que se presiente, y que se ve confirmada cuando los ojos tienen oportunidad de saborear sus líneas de cerca.

Esta favorable impresión primera, sufrió un rudo golpe cuando Jimmy la vio dar un traspié. Una vacilación, un intento por

conservar el equilibrio, que indicaba, bien a las claras, que la esplendorosa criatura había bebido una copa de más. Opinión acentuada al darse cuenta de que a noche era fría y la mujer no cubría el generoso escote ni sus blancos hombros. Pudo mantenerse de pie porque se apoyó en el guardabarros trasero del coche.

En aquel momento se abrió la portezuela delantera y un hombre saltó a tierra. Si la hembra era un buen ejemplar, el individuo podía optar al premio de belleza masculina. Pero así como ella era un regalo para los ojos de Jimmy, él le hizo el efecto de una pieza de museo. Uno de esos hombres que sólo sirven para exhibirse en bañador durante la temporada veraniega. No dan más de sí. Como las brevas, durante la misma estación.

El hombre vestido de *smoking*, se acercó a ella y la tomó por el brazo. Echaron a andar y al internarse en el camino que conducía a la casa, protegido por abundante follaje, desaparecieron de su vista.

Jimmy no perdió más tiempo, si es que se puede perder el tiempo contemplando a una beldad como la que acababa de vislumbrar. Retrocedió hacia el lugar donde había situado el «Ford». Subió a él y, siempre con los faros apagados, maniobró con suavidad hasta colocar la proa rumbo a Nueva York. Luego, se alejó de allí. Pocos minutos después dio con la bifurcación. Siguió por el camino de grava con toda clase de precauciones y a muy poca velocidad, por temor a estrellarse contra cualquier obstáculo que en la oscuridad pudiera encontrar. Cuando creyó estar cerca de la mansión, se apeó y con ayuda de una linterna recorrió unos veinte metros alrededor del coche. Descubrió un lugar adecuado para aparcarlo y lo situó en menos de cinco minutos, en dirección hacia la gran urbe.

Una vez solucionado el asunto del vehículo se encaminó de nuevo hacia la casa. Cuando llegó ante la puerta central, desde donde había visto a la pareja, miró el reloj. Había tardado media hora en volver a aquel lugar. Encendió un cigarrillo y esperó.

El ruido producido por unos pasos suaves lo animó. Prestó atención intentando localizarlo. Antes de que lo consiguiese vio aparecer otra vez a la hermosa mujer. Andaba con lentitud, con desmadejamiento. Se sentó en un banco rústico, de troncos de pino, frente al garaje. Echó la cabeza hacia atrás y adoptó una actitud pensativa. Desde allí, Jimmy pudo apreciar su impresionante

belleza. El busto enhiesto por la posición de la cabeza, las suaves líneas de su cuello, la firmeza de su mentón...

Price decidió jugar su primera carta. Era claro que constituía una temeridad. Pero en el juego había que arriesgarse para ganar. Se subió el cuello del abrigo y con las manos en los bolsillos echó a andar atravesando la puerta central.

Se detuvo a dos metros de ella sin que se diese cuenta de su presencia. Continuaba con la cabeza apoyada en la parte superior del respaldo. Y Jimmy vio que tenía los ojos cerrados. El movimiento rápido de su pecho le indicó que no dormía. Estaba excitada por una emoción, aumentada por el alcohol que había ingerido.

No tendría más de veintitrés años y su cutis era fresco y muy blanco.

—Debería cubrirse. Si continúa mucho rato aquí, se va a enfriar —dijo Price con voz suave.

La mujer abrió los ojos y bajó la cabeza como aturdida, se pasó una mano por la frente y luego miró al hombre que tenía delante. Hizo una mueca de disgusto antes de contestar.

—No sabía que la Policía fuese tan galante.

Jimmy sonrió.

—Es una asignatura que nos exigen para darnos la placa.

—No irá a decir ahora que a su jefe le dieron sobresaliente y por eso le han hecho teniente. Ese hombre no sabe lo que es educación.

—Estuvo de carcelero en

Sing-Sing

y perdió los buenos modales.

—¿Se va a hacer el gracioso?

Price carraspeó y adelantó el cuerpo hacia la joven.

—¿Cree usted que es momento para ello?

—¿Por un asesinato? No me haga reír. Ustedes tienen el corazón de piedra. Aunque supongan que yo poseo uno similar.

—En absoluto. Una mujer como usted... no tiene nada de piedra.

La mujer abrió más los ojos e inició una sonrisa.

—¿Están permitidos los requiebros en acto de servicio?

Jimmy levantó los hombros.

—Si usted no me descubre...

—Debe causar estragos entre las chicas en el baile anual del

Montepío.

—Psh... no lo crea. No abundan los tipos a mi medida. Se asombraría de lo buen chico que soy cuando una mujer no me interesa.

El detective se sentó al lado de la joven.

—¿Es que le han encargado que me vigile?

Jimmy hizo un gesto indefinido.

—¡Ese teniente es el hombre más estúpido que he visto en mi vida! —exclamó ella—. ¡Ya le he dicho que apenas veía a mi tío!...

—No se acalore. Yo cumplo con mi obligación.

—¿Qué me importa su obligación? ¿Qué quieren? ¿Qué me eche a llorar? ¡Pues se equivocan! —La joven hizo una pausa—. No, no lo quería. Era egoísta, interesado. Siempre con sus negocios. Incapaz de sentir piedad por cualquiera de los seres desgraciados que le rodeaban. Yo era su única sobrina. ¡Y estaba desde los cinco años con él! Jamás tuvo el más insignificante atisbo de cariño para conmigo. Buenos colegios, regalos de cumpleaños y de Navidad. Y siempre su petulancia, su pose endiosada... Llegué a odiarle.

—No se le ocurra decir eso.

—Es verdad. Nunca me he sentido tan sola como en los últimos años. Ha habido momentos en que he sentido deseos de abandonarlo todo...

Jimmy sacó el paquete de cigarrillos. Tomaron uno cada uno y encendieron.

—Hay muchos casos como el suyo —comenté él—. El dinero lleva aparejado algunos inconvenientes. Pero le aseguro que el no tenerlo es mucho peor.

—Me cambiaría por cualquiera de esas muchachas que cuando tienen que asistir a una reunión de sociedad han de alquilar el traje y que se pasan el día, trabajando para poder vivir.

—Si pusiese un anuncio, en ese sentido, en el periódico tendría que montar una oficina para recibir y contestar la correspondencia que recibiría al día siguiente.

—Es posible, pero si hubiesen vivido como yo, cambiarían de forma de pensar.

La joven se entristeció. Jimmy se levantó y se despojó del abrigo.

—¿Qué hace? —preguntó la mujer mirándole.

—Ya lo ve —repicó él, poniéndole el abrigo sobre los hombros —. Va a ser buena chica... así está mejor.

Volvió a sentarse a su lado. Sobrevino el silencio durante un minuto. Jimmy pensó que trabajaba contra reloj. Si apareciera uno de la Brigadilla se encontraría en un endiablado lío.

—Entonces... tu tío tenía muchos enemigos.

—Forzosamente los había de tener. Aunque estaba apartado de sus negocios, a veces me encontraba en el pasillo que conduce a sus despachos a personas con las que él trataba. Muchas de ella, tenían una apariencia poco simpática.

—¿Quiere decir tipos con los que un millonario es raro que alterne?

—Sí, eso es. Lo único que conocía de sus manejos era que invertía dinero en empresas arriesgadas. Probablemente, era una de sus pocas virtudes. Le gustaba que sus colaboradores fuesen decididos... con pocos prejuicios. En cierta ocasión me hizo llorar al referirse a mi padre como un pobre de espíritu. Yo no lo conocí pero estoy segura que tío Cecil no lo quería y por eso hablaba tan mal de él. Mi madre se casó contra la voluntad de toda su familia, porque mi padre no pertenecía a su clase. Los Hubert siempre han sido orgullosos y soberbios. Según me ha dicho Gustavo, un viejo criado, mi madre se enamoró locamente de papá y afirmó su voluntad de casarse aunque la desheredasen. No la desheredaron pero hicieron la vida imposible a papá. Él tenía, un pequeño negocio de curtidos y tío Cecil le propuso comprárselo para ampliarlo, dejándolo como jefe de compras. Rechazó la propuesta y ésa fue la gota que hizo rebasar el vaso. Tío Cecil hizo construir una fábrica de curtidos casi al lado de la nuestra, y lo arruinó ofreciendo precios más ventajosos que suponían incluso una pérdida de dinero para él. Pero no le importaba desembolsar unos cuantos centenares de miles si con ello conseguía pulverizar a papá. Su ruina no sólo fue económica, sino física. Mi padre contrajo una enfermedad que lo llevó en pocos meses a la tumba Entonces mamá y yo vinimos a vivir con tío Cecil. Es raro, pero tenía su justificación, Desde que murió mi padre, mamá... empezó a hacer cosas raras. Quiero decir que la desgracia le perturbó las facultades mentales. Aunque la vieron los mejores psiquiatras, la cosa parecía no tener remedio. No dio oportunidad a que la clausurasen en un sanatorio. Una mañana

salió a dar un paseo en un potro rebelde y... no volvió. La caída del caballo le produjo la muerte instantánea al golpearse la cabeza con una piedra...

La joven que había estado hablando, como si se encontrase sola con la mirada perdida en el infinito, pareció volver en sí.

—La verdad... no sé por qué le cuento todo esto.

—¿No se lo ha dicho al teniente?

—No ha habido lugar. Aparte de que son cosas que no tienen que ver con el asesinato de mi tío. Claro que, ahora le faltará a usted tiempo para ir a comunicárselo todo...

Jimmy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Le apuesto a que no le informo de nada de cuánto me ha confesado. Opino como usted. No veo la menor relación entre su... su vida familiar y la muerte de su tío.

Ella sonrió imperceptiblemente y arrojó la colilla del cigarrillo al suelo.

—Debía odiarle mucho.

—¿Quién? —preguntó Jimmy.

—El asesino.

—¿Por qué?

—Buen policía está usted hecho —dijo la joven mirándole un tanto extrañada.

—Si lo dice porque no haya sacado alguna conclusión, que es evidente, le diré que acabo de llegar y que no me han dado oportunidad de echar una ojeada al cadáver ni a la habitación donde se ha cometido el asesinato. Me han ordenado que... que la guardase. Ya sabe, al fin y al cabo, usted es la sobrina del muerto y pudiera ser que el criminal no hubiera dado por terminada su labor.

—Son ustedes muy generosos.

—Es nuestra obligación defender a los contribuyentes. ¿Quiere explicarme ahora a qué se refería al decir que debía odiar mucho el asesino a su tío?

—¿Me da otro cigarrillo? Estoy nerviosa.

Price acercó la llama al cigarrillo que ella puso en su boca. La joven, después de encender, inhaló intensamente. Arrojó una línea de humo entre sus labios entreabiertos.

—Le destrozaron el rostro con una barra de hierro —dijo en voz baja.

Jimmy notó que se estremecía de nuevo.

—¿Después de muerto? —preguntó.

—No, el teniente ha dicho que lo mataron con la barra... a golpes. Pero el asesino continuó... hasta desfigurarle completamente el rostro. Me he horrorizado cuando he tenido que identificarle...

—Lo siento. Habrá pasado un mal rato.

—El teniente no lo ha sentido La ha emprendido a preguntas conmigo, sin ninguna consideración.

—No se habrá dado cuenta. Él cree que todas las personas están tan acostumbradas como él a ver esas cosas. Ya verá como no tardará en disculparse.

La joven lo miró.

—La verdad es que no parece usted policía. Al menos no es la idea que me había hecho yo. El teniente corresponde mejor a esa idea.

—Es cuestión de carácter —comentó él.

—Pues me gusta... su carácter.

Jimmy tosió un par de veces.

—Y... ¿Le ha hecho alguna pregunta interesante?

—Pues verá, le haré una relación y usted juzgará. «¿Cuánto tiempo lleva viviendo con su tío?». Diecisiete años. «¿Cómo se llama usted?». Ruth Fleming, «¿A qué dedica su tiempo?». A dormir y a hacer como que me divierto. «¿Qué me dice de su tío?». Poca cosa, era muy reservado y salvo conversaciones usuales entre un tío y una sobrina no hablábamos de nada importante.

Ruth Fleming hizo una pausa. Sonrió y preguntó.

—¿Va bien?

—Es usted expresiva. Continúe.

—Luego, el teniente quedó en silencio un minuto aproximadamente. Yo estaba sentada en un sillón y él paseaba. De pronto se volvió y disparó veloz: ¿Quién es Sam Kelleway? Me asustó su forma de preguntar, pero mi contestación fue rápida. No conozco ningún hombre llamado así.

La joven frunció la frente, esforzándose por recordar.

—¿Por qué me hace esa pregunta, teniente? «Su tío tenía una cita esta tarde con un individuo llamado Sam Kelleway. Concretamente a las seis y media. Así lo escribió él mismo en un

block que hemos encontrado. Debajo del nombre y la hora hay una frase que dice: Exigirle liquidación del asunto. ¿No recuerda ahora, señorita Fleming?». No, teniente. Mi tío, ya le he dicho, no me tenía al corriente de sus negocios. «¿A qué hora salió usted de aquí esta tarde?». A las cinco y cuarto, Tenía el reloj parado y cuando salía lo puse con el del vestíbulo. «He terminado por ahora. Pero no se aleje de la casa».

Ruth hizo un movimiento con la cabeza, dando a entender que eso era todo.

—¿Nada más? —preguntó Jimmy.

—He suprimido la voz dura del teniente, sus movimientos bruscos y me es difícil imitar su mirada agresiva.

—¿A qué hora han establecido la muerte de su tío?

—No lo saben aún. Acaba de llegar el forense.

Price recapacitó durante unos segundos.

—Ese hombre... el que le acompaña.

—Sí, es Asey Cummings. Estábamos juntos en casa de una amiga cuando nos avisaron por teléfono. Se ofreció a acompañarme.

—¿Simple amigo?

—Bueno, desde hace un par de años me corteja. Yo no me he decidido todavía.

—¿Cuál es su profesión?

—Tiene una Agencia de Publicidad.

Tal declaración sorprendió a Jimmy. Aquel Apolo era difícil de ser catalogado profesionalmente. Había conocido muchos individuos del mismo calibre que no se dedicaban a otra cosa que a explotar el físico entre mujeres histéricas.

—¿Estaba al corriente su tío de la pretensión de Asey?

—Sí. Al principio mostró su disgusto. No quería que saliese con él. Pero desde hace aproximadamente un año cambió de parecer, no hablábamos de matrimonio, pero estoy segura que si Asey hubiera pedido mi mano, tío Cecil habría dado su conformidad.

—¿Y por qué Asey no aprovechó la coyuntura favorable? —preguntó interesado Jimmy.

—Lo iba a hacer un día de éstos. Precisamente esta tarde me habló de ello.

—¿Qué dijo usted?

—Yo... yo —la joven titubeó—. Lo único que deseaba era salir

de esta casa. Asey es muy amable, me colma de atenciones, es educado... pero no creo que esté enamorada de él. Y estaba dispuesta a casarme con él.

Jimmy cogió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Al sacar la caja de cerillas se quedó mirándola fijamente. Era la caja que le había entregado el amnésico.

—Usted dijo antes, señorita Fleming, que algunas veces se tropezó en su casa con algunas de las personas que visitaban a su tío.

—Sí.

—Voy a darle la descripción de un hombre y usted me dirá si coincide con alguien que haya visto.

La joven hizo un gesto de extrañeza.

—¿Cómo sabe esa descripción si dice que acaba de llegar y que el teniente le ha encomendado que me... guarde?

Price carraspeó y dijo:

—¿Le importaría mucho saber que no soy quien usted cree?

Ruth Fleming empezó a asombrarse.

—No le entiendo.

—Mire, señorita Fleming. Hay circunstancias en la vida que nos obligan a valernos de la primera oportunidad que se nos presenta. Quiero decir que la voluntad desempeña un papel secundario... ¿Me explico?

—Si se deja de rodeos y va al grano, lo entenderé mejor.

—Está bien. Ahí va. Yo no soy... no pertenezco a la Brigada de Homicidios.

—Y ahora me dirá que pertenece al departamento de Represión del Contrabando o al de inmigración —replicó la joven con indiferencia—. Para mí todos los policías son iguales. No me dice nada su clasificación dentro del cuerpo.

—Es que no soy policía.

Durante unos segundos, Ruth lo miró fijamente.

—¿Que no es usted...?

Jimmy movió negativamente la cabeza y luego dijo:

—Soy un detective particular. James Price.

—¿Un detective particular?

—Sí.

—Y... ¿qué hace en esta casa? —preguntó Ruth con perplejidad.

—Verá usted, señorita Fleming, el caso es que mi presencia aquí obedece a algo tan incongruente que yo mismo no lo creería... si no estuviera despierto, como lo estoy...

La joven se puso en pie bruscamente y al hacerlo resbaló de sus hombros el abrigo de Jimmy.

—Creo que la explicación de su presencia en esta casa debe relatarla a la policía —dijo con voz dura.

Price se incorporó y, al ver el ademán resuelto de Ruth de dirigirse hacia el camino que conducía a la casa, la cogió de un brazo.

—¡Espere!

La muchacha lo miró con fijeza.

—¿Quiere soltarme o es necesario que grite?

—Señorita Fleming, tengo que investigar la muerte de su tío. Por eso ha venido. Tiene que escucharme.

—¡Ya le he escuchado bastante! La policía prestará atención gustosamente a cuánto tenga que decir.

—Está ofuscada. Sé lo que piensa. Que yo mismo puedo ser el asesino. No, no lo desmienta. Sé que es así. Pero permítame una pregunta antes de que vaya a ver a la Policía. ¿Si yo hubiera matado a su tío, cree que estaría aquí? ¿Cree que hubiera penetrado en este jardín, al verla a usted, sabiendo que la casa está invadida por la Brigada de Homicidios?

Jimmy dejó libre el brazo que sujetaba su mano.

Ruth Fleming quedó inmóvil, mirándole.

—Entonces... entonces. ¿Cuál es la razón de que esté en esta casa? ¿Qué quiere usted decir con que tiene que investigar la muerte de mi tío?

—Le contestaré lo que sé y juzgue usted. Esta tarde estaba realizando una investigación cuando un hombre fue objeto de un atentado. Salió ileso y yo le ofrecí llevarlo en mi coche. Fuimos a un bar y allí me hizo una confesión sorprendente. No sabía quién era, es decir, a raíz de una lucha que había sostenido, debió recibir un golpe en la cabeza que le produjo un ataque de amnesia. Yo le prometí ayudarle, más que nada impulsado por el deseo de actuar en algo que valiese la pena. La única pista que tenía era un billete de autobús de la línea National

Bank-Long

Island y una mancha de sangre en la manga derecha de su americana. Dejé al individuo en sitio seguro y me vine por este distrito a echar un vistazo. Oí la sirena de la policía y los seguí. Lo demás lo puede suponer. La vi aquí y decidí entrar para intentar descubrir algo...

—¿Y dice usted que ese hombre tiene una mancha de sangre en su chaqueta?

—Así es.

—¡No cabe duda! ¡Debe ser el asesino!

Jimmy movió la cabeza de un lado a otro.

—No vaya tan deprisa. Eso no quiere decir nada. Primero, es necesario aclarar si es sangre humana, y en segundo lugar, caso de que lo sea, si pertenece a su tío.

—Pero el billete de autobús...

—Long Island es muy grande y usted lo sabe. Aparte de que el hecho de que estuviera en su poder no prueba que necesariamente lo haya utilizado, aunque la presunción esté en su contra.

Ruth Fleming recapacitó unos segundos y luego dijo.

—Será mejor que entremos y se lo explique al teniente.

—¿No se ha dado cuenta aún de que no quiero explicarle nada al teniente?

—¿Por qué?

—Porque yo he tomado bajo mi protección a ese individuo y no lo entregaré en las actuales circunstancias.

—Me parece que son las más propicias para que la justicia empiece a actuar sin pérdida de tiempo.

—No opino yo igual. Dentro de un rato tendrá usted a su alrededor a toda la Prensa de Nuevo York, Su tío tenía un puesto en la alta sociedad y apretarán todo lo que puedan. La Policía se verá acuciada y ese amnésico lo pasará, mal si cae en sus manos.

—Habla usted como si le fueran a sentar esta noche en la silla eléctrica —replicó la joven.

—No se trata de eso, sino de que todo lo que hay contra mi protegido no dejan de ser ahora más que pruebas circunstanciales remotísimas. Pero son suficientes, en el estado indefenso en que se encuentra, para que sea detenido y encerrado. Y si esto ocurre y el verdadero asesino no es descubierto, caso de que el amnésico no lo sea, se hallará en una posición nada envidiable. Lo mejor que le

puede ocurrir es que sea internado en un hospital. Si me da oportunidad para que lo tenga bajo mi custodia durante veinticuatro horas, creo que será suficiente para saber a qué atenernos...

Ruth Fleming dio unos pasos, poniendo una mano sobre el respaldo del banco.

—Tengo gran amistad con el abogado de mi tío —dijo, volviéndose hacia Jimmy—. Y creo que esto se denomina, jurídicamente, ocultación de pruebas y... complicidad, ¿no es eso?

—Puede que el abogado de su tío lo llame así y hasta puede que desde su punto de vista técnico no tenga otra denominación. Pero, a mi parecer, no se debe olvidar el punto de vista humano. Que en este caso aconseja el no precipitarnos. Un paso en falso sería de consecuencias funestas para el hombre que ha confiado en mí.

La hermosa joven tomó el abrigo de Jimmy y lo puso de nuevo sobre sus hombros.

—Bien. No sé si me equivocaré. Pero voy a confiar en usted. Ha ganado.

Jimmy, sonriente, cogió las manos de ella y las apretó.

—Gracias. Procuraré no dejarla en mal lugar.

—Y ahora... —empezó a decir Ruth, pero no continuó porque el ruido de unos pasos fuertes se acercaron.

Price vio aparecer al llamado Asey Cummings, que había visto salir del «Cadillac». La primera impresión que le produjo se confirmó al contemplarle de cerca. El hombre mostró sorpresa al encontrar a la joven, a la que sin duda buscaba, acompañada por un desconocido.

—Ruth —dijo el Adonis, reponiéndose.

—Asey, te presento a mi amigo *Mr.* James Price. Míster Asey Cummings —murmuró la bella mujer.

Cummings hizo un saludo glacial con la cabeza y Jimmy le correspondió con una sonrisa divertida.

—Ruth —repitió Asey—. Acaba de llegar míster Whitney. Me tomé la libertad de llamarlo. He creído que era necesaria su presencia.

La joven asintió.

—Sí, has hecho bien. ¿Nos acompaña, míster Price?

Jimmy quedó indeciso unos segundos. Pero echó a andar en pos

de la dama, a sabiendas de que se metía en la boca del lobo. Asey se colocó a la izquierda de Ruth con evidente aire de disgusto por la intromisión del nuevo personaje.

Subieron por una escalinata y penetraron en la casa. Pasaron de largo por una amplia habitación acristalada, y recorrieron un pasillo que los condujo a una sala en la que había grandes y confortables sillones, una mesa de nogal, un mueble bar, tres pequeñas estanterías de libros y unos cuantos cuadros representando escenas de caza. El suelo estaba cubierto por una alfombra de dos dedos de grosor. Jimmy creyó que gravitaba sobre nubes de algodón. Un hombre que estaba de espaldas, ojeando un libro, se volvió cuando penetraron en la sala. Representaba cincuenta años, tenía el pelo blanco y bajo unas gafas de carey brillaban dos pupilas azuladas. Dejó el libro y acudió al encuentro de Ruth extendiendo una mano de dedos largos y finos. En uno de ellos llevaba un anillo con un brillante del tamaño de un guisante. Jimmy pensó que si era legítimo valía una pequeña fortuna.

—Mi querida pequeña, cuánto lo siento —dijo, dando unas palmadas en los brazos de Ruth.

—Gracias, Douglas. Creo que ha sido una sorpresa para todos.

—No lo puedo creer. Cecil asesinado. Es verdaderamente absurdo —exclamó Douglas, observando por encima de los hombros de la joven a Price.

Ella se apartó.

—Míster James Price, un amigo. Míster Douglas Whitney, abogado de mi tío.

Los dos hombres cambiaron un saludo cordial.

—Siéntense —dijo, tomando una botella de *whisky*—. Y hable de lo que juzgue oportuno, Douglas. No tengo secretos para nadie. ¿Lo quieren solo?

Jimmy y el abogado asintieron. Asey pidió que añadiese soda. Se acercaron y cada uno tomó un vaso. El detective juzgó que la bebida llegaba oportunamente. Eran demasiadas emociones para tan poco tiempo. Y con toda probabilidad, antes de acostarse, tendría que soportar unas cuantas más.

Acababa de beber el primer trago cuando una puerta que conducía a otra habitación se abrió, dando entrada a dos hombres que no daban lugar a dudas sobre lo que eran.

—Señorita Fleming —dijo el más alto, un individuo robusto, de frente ancha, cejas pobladas y mirada desconfiada.

—Dígame, teniente Herman —replicó, la joven.

El teniente miró a hurtadillas a Jimmy y a Douglas Whitney.

Ruth hizo una presentación más.

—Míster Douglas Whitney, abogado de mi tío, y míster James Price, amigo... mío.

El policía los observó con detenimiento, con un interés rayano en la impertinencia.

—Y bien, teniente... —le recordó la joven.

—Ah, sí... se trata de determinar la hora de la muerte. Aproximadamente a las seis cuarenta y cinco de la tarde. Y por pura fórmula hemos de hacer constar lo que hacían a esa hora.

—Creo que va usted demasiado lejos, teniente —replicó con voz velada por la ira, Ruth.

—Por Dios, Ruth —intervino Whitney—. El teniente se limita a cumplir con su obligación. No se preocupe, teniente. Estamos todos dispuestos a contestar a sus preguntas.

—De acuerdo —dijo Herman, con voz seca—. ¿Está dispuesto, Paul?

El otro policía, un hombre rechoncho, carirredondo, tomó asiento en un sillón, poniendo sobre sus rodillas un block mientras sacaba un lápiz del bolsillo superior de su americana.

—Usted, señorita Fleming. ¿Dónde estaba entre las seis y quince y siete de esta tarde?

—A las seis y quince estaba en casa de mi amiga Margaret Hollie. Me había invitado a tomar el té y llegué a su casa un poco después de las cinco y media. A las seis y media salí de allí y me dirigí por la calle Cuarenta y Tres al Bar Odeón, donde había quedado citada con *Mr.* Asey Cummings. Me entretuve mirando escaparates porque era temprano para acudir a la cita.

—¿A qué hora tenían que verse? —inquirió Herman.

—A las siete.

—Entonces, de las seis treinta a las siete nadie puede certificar...

—¡Tómelo y saque las conclusiones que quiera! —gritó Ruth.

—Gracias, señorita Fleming —dijo el teniente—. Usted, míster Cummings.

Asey Cummings carraspeó antes de contestar.

—Desde las cinco hasta las seis y media estuve en los baños suecos de Skoglund y Compañía. Pueden preguntarlo allí.

—¿Y a partir de las seis y media?

—Me dirigí dando un paseo hacia el Bar Odeón.

El teniente movió de un lado a otro la cabeza.

—¿Me permite, míster Whitney?

—He permanecido toda la tarde en el despacho del Edificio Maryland. Tengo un caso de apelación para pasado mañana, y me dediqué a su estudio. En él estaba cuando me telefoneó Asey hace un rato.

—Bien, bien —dijo el teniente—. ¿Y usted, míster Price?

—De seis a siete estuve jugando una partida de bolos —contestó el detective.

Ruth Fleming, que en aquel instante bebía un trago de *whisky*, hizo esfuerzos por no ahogarse.

—¿De bolos? —preguntó Herman con el ceño fruncido—. ¿Dónde?

—En la Asociación de Veteranos de Guerra.

—¿Qué relación tenía con Cecil Hubert?

—Ya le he dicho que es amigo mío —intervino la joven—. Él no conocía a mi tío.

El teniente dirigió una mirada poco amistosa a Jimmy y dijo:

—Está bien... por ahora. Tengo que volver a la biblioteca a ver lo que han sacado los técnicos en huellas. Ustedes, señores, hagan el favor de dar a Paul sus direcciones. Gracias por su colaboración.

Hizo un saludo con la mano y abandonó la habitación. Cada uno de los hombres cumplimentó el ruego del teniente. Y Jimmy no tuvo más remedio que dar una dirección supuesta. Tenía en su domicilio al amnésico y era cuestión de minutos el que la policía se apoderase de él si comunicaba el suyo propio o el de la Agencia Baxter. Sabía la reacción que produciría en Herman el enterarse de que el tal James Price era un detective privado.

El caso era que no tardarían tampoco en comprobar la falsedad y entonces... Tenía que poner tierra por medio. Se confesó a sí mismo que tenía poca experiencia para escabullirse de la policía.

Dirigió una mirada significativa a Ruth. La joven le comprendió.

—¿Quiere venir conmigo, míster Price? Le enseñaré ese cuadro que tanto interés ha despertado en usted.

La hermosa mujer salió y Jimmy la siguió.

Penetraron en una habitación grande, de cuyas paredes pendían numerosos cuadros. Sin ser un perito, Jimmy juzgó que allí había encerrados muchos miles de dólares. Por de pronto, reconoció a una matrona de Rubens.

Ruth cerró la puerta y dijo:

—Me parece que está metido en un buen lío. ¿Qué va a hacer cuando la Policía descubra quién es realmente?

—Ellos no me han preguntado mi profesión.

—Está bien. ¿Y la dirección?

—La inventé. No importa. Me he arriesgado a jugar con fuego desde el principio.

—Eso creo yo —asintió ella.

—Me tengo que marchar.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—Utilizar la misma pista de ellos. La de ese Sam Kelleway.

—¿Tiene alguna idea?

Jimmy negó con la cabeza. La joven quedó unos segundos pensativa. Luego dijo:

—Oiga. Vaya al «Cocotero», en la calle Noventa y Dos. Pregunte por Harold Lukas. Dígame que le envío yo. Puede que le ayude a dar con ese Kelleway. Conoce a todo el que figura algo en esta ciudad.

—De acuerdo. ¿Cómo me puedo poner en contacto con usted?

—Por teléfono.

—¿Y si interceptan la línea?

—Está bien. Mañana a las doce y media iré a almorzar al bar «Dashielle». ¿Lo conoce?

—Sí... Dígame, ¿quién descubrió el cadáver?

—Uno de los criados. Él llamó a la policía y a mí.

Jimmy se acarició la barbilla.

—¿Y qué hay de ellos? —preguntó.

—¿Los criados? No hay nada que hacer. Son de absoluta confianza. Márchese ahora. Antes de que ese teniente vuelva a la carga. Le acompaño.

Cuando llegaron al jardín, Ruth le devolvió el abrigo. Jimmy, una vez se lo puso, le tomó su mano derecha.

—Es usted un ángel.

Ella sonrió.

—Le deseo suerte. Y espero que no vuelva a jugar a los bolos.

—Adiós, Ruth... puede llamarme Jimmy como compensación.

—Adiós, Jimmy. Hasta mañana.

Ella acercó sus labios más de lo prudente. Y Price quiso demostrarle su agradecimiento. Simplemente, agradecimiento. La abrazó con suavidad y la besó. Nada más que una vez. Pero cuando se separó de ella y echó a andar por el camino de grava pensó que su gratitud no había quedado suficientemente acreditada. Lamentó no disponer de tiempo.

CAPÍTULO III

La denominación exacta del lugar que le había señalado Ruth Fleming, era el «Cocotero Bill». A la puerta había varias palmeras de neón azul, un par de grandes macetas con plantas exóticas y un negro de brillante uniforme que abría y cerraba las portezuelas de los coches.

Jimmy pasó de largo y aparcó el «Ford» veinte metros más arriba. Bajó y encendió un cigarrillo. Echó a andar lentamente hacia la entrada. El negro le vio venir y le dirigió una mirada de pies a cabeza. Pero Jimmy ignoró su presencia y penetró en el local. Una vez en el vestíbulo, se acercó al guardarropa, el que estaba atendido por una rubia de ojos vivos y labios finos, intensamente pintados de *rouge*. En alguna parte del salón empezó a tocar la orquesta. Un ritmo cadencioso y suave.

La rubia abanicó un par de veces sus ojos y Price sonrió al darse cuenta de que sus hermosas pestañas eran postizas.

Se quitó el abrigo y lo entregó al tiempo que decía con indiferencia:

—No parece que esté mal eso.

La joven no replicó. Colgó el abrigo y le dio una chapa con un número.

—Busco a un tal Harold Lukas. ¿Qué tal facha tiene? —preguntó Jimmy, acodándose en el mostrador.

La chica se le quedó mirando fijamente durante cinco segundos, abrió un cajoncito, sacó una lima y se puso a arreglar una de sus uñas.

Jimmy volvió a sonreír. Esta vez enseñando los dientes.

—Siempre he deseado una esposa que no hablase mucho —dijo —. Usted sería el ideal. ¿Cuándo tiene su noche libre?

—Se equivoca de puerta, amigo —replicó la joven sin dejar de mirar su uña.

El detective levantó los hombros e introdujo una mano en el bolsillo del pantalón. Cuando la sacó tenía un par de billetes de dólar. Los arrolló cuidadosamente en un dedo mientras tosía.

La rubia levantó la cabeza, echó una ojeada al panorama y se apoderó de los billetes.

—Lo conocerá enseguida. Es un sujeto alto y fuerte. Un presuntuoso. Cuando Johnny Wheissmuller dejó de hacer el Tarzán, lo quisieron llevar a él a Hollywood. Pero no pudieron enseñarle a nadar y lo dejaron por imposible. Lleva una gardenia en la solapa. Cuenta chistes muy malos y constantemente se está riendo.

La joven dejó de hablar y volvió la mirada a su mano.

—¿Y qué más? —inquirió Jimmy.

La empleada no hizo el menor gesto en favor de una contestación.

—Guapa, ¿sabe usted que por dos dólares me ofrecen una suscripción anual de «Los Crímenes del Día»?

—¿Sí? ¿Y por qué no se suscribe?

Jimmy rechinó los dientes y se apartó del guardarropa, dirigiéndose hacia la sala.

No habría más de una docena de personas distribuidas por las mesas alrededor de una pista. Y otra docena en la barra. La orquesta estaba compuesta de siete cubanos ataviados típicamente.

Jimmy fue hacia la barra. Se sentó sobre un taburete y pidió un Martini. Mientras lo servían recorrió con la mirada el local. Harold Lukas no estaba allí. Si es que la chica del guardarropa había hecho una buena descripción del tipo.

Acababa de beber el primer trago cuando un hombre, vestido de *smoking* y con el pelo chorreando brillantina, apareció por una puerta que estaba situada a espaldas de la plataforma donde tocaban los, siete cubanos. Se apagaron las luces, manteniéndose únicamente el haz proyectando por un foco.

—Y ahora, señoras y caballeros —exclamó el sujeto—. «Cocotero Bill» tiene el honor de presentar a ustedes a la pareja rumbera internacional... ¡Carmen y Mariano!

El hombre se retiró, al tiempo que la orquesta iniciaba los primeros compases de «Siboney» y por la puerta hacía aparición la pareja internacional.

Desde el primer momento, Carmen contó con la más sincera

admiración por parte de Jimmy. No era para menos. Una morena con todas las de la ley. Un cuerpo de líneas armoniosas, flexible como un junco. Unos ojos grandes, negros, de pupilas centelleantes. Unas piernas finas y firmes. Y unas ondulaciones rítmicas, electrizantes, fascinadoras...

El detective abandonó la tarea de buscar más adjetivos aplicables a la figura prodigiosa de la cubana. Prefirió dedicar toda su atención a la interpretación de la artista.

Carmen sentía el baile. Imprimía a todos sus movimientos un sello personal e inconfundible de ansias de algo lejano. Cuando se apartaba de su pareja, sus brazos parecían buscar la solidez en el vacío.

Una ovación acogió el final del número. Jimmy aplaudió con ganas hasta que Carmen y Mariano desaparecieron por la puerta. Acabó el Martini y pidió otro. La orquesta siguió tocando y tres parejas se decidieron a salir a bailar. Transcurrieron diez minutos.

Iba a encender un cigarrillo cuando oyó una estentórea carcajada. Volvió la cabeza hacia la entrada.

Sí, la rubia no le había engañado. Allí estaba Harold Lukas, de *smoking* y con una gardenia en el ojal, acompañado por un hombre de pelo corto y tieso como el de un erizo y cinco centímetros más bajo de estatura. Los dos se acercaron a la barra riendo.

Pasaron a su lado y Jimmy los abordó.

—Creo que es usted Harold Lukas —dijo al más alto.

El gigante se detuvo mirándole. Hizo un gesto con la mano y contestó:

—No tengo tiempo para interviús.

Cogió del brazo al otro e iba a continuar su camino cuando Jimmy le espetó de nuevo:

—Soy amigo de Ruth Fleming. Ella me dijo que me presentase a usted.

Harold Lukas volvió el rostro.

—¡Caramba! ¡Ruth Fleming! ¿Por qué no lo dijo antes?

Le tendió una mano grande y poderosa que al estrechar la suya hizo crujir sus dedos.

—Mi nombre es Jimmy Price.

—Claro, claro... Un amigo de Ruth. ¿Viene a la ciudad por muchos días?

—Hasta que me echen —replicó Jimmy.

—¡Muy bueno! ¡Muy bueno! —exclamó Harold, riendo a mandíbula batiente. Se volvió hacia su acompañante, diciendo:

—¿No le conoces, Oscar? Es Jimmy Price, un amigo de Ruth...

El detective estrecho otra mano.

—El caso es que... —empezó a decir.

—Magnífico —le interrumpió Harold—. Esto hay que celebrarlo. Vamos a sentarnos.

Tomó a Jimmy del brazo y lo llevó a empujones hacia una mesa.

Un camarero se acercó, y Lukas pidió tres *whiskys* dobles sin soda. Price consultó el reloj. Pensó que la Policía le llevaba delantera y que de seguir en aquel local se le adelantaría más.

Recibió una palmada en la espalda que casi le hundió un omoplato.

—Muy bien, James. Me puede llamar Harold. ¿Sabe que Ruth y yo hemos corrido las grandes juergas? —El gigante no cesaba de reír—. Gran muchacha, gran muchacha... Es una lástima que se case con Asey, Conocerá a Asey, ¿no?

Jimmy asintió.

—Un hombre de plexiglás... ¡Ja, ja!... ¡Muy bueno! ¿Qué les parece?... Un hombre de plexiglás. Le he desafiado a un combate a diez asaltos con guantes de cuatro onzas y... ¿Qué dirán que me contestó?

Harold hizo una pausa, mirando alternativamente los rostros de sus dos víctimas.

—¡Que lo habían herido en un brazo durante la campaña del Pacífico y apenas podía moverlo! ¿Y saben de lo que me enteré ayer?... Que el muy tunante estuvo camuflado en una fábrica de armamentos de Chicago durante toda la guerra... ¡El muy cobarde!

El camarero dejó los tres *whiskys* sobre la mesa.

Cuando bebieron el primer trago, Jimmy tomó la palabra:

—Mire, Harold, tengo que marcharme y...

—¿Marcharse? ¿Ahora que se pone esto bueno?... ¿Sabe que una noche bebí diez *whiskys* dobles? Ja, ja, ja... ¿Te acuerdas, Oscar? Tuvieron que arrancarme a la fuerza de una estatua que representaba a no sé qué diosa romana... ¡y la pobre pasaba mucho frío!... ¡Qué bueno!... Ja, ja, ja...

Jimmy hizo esfuerzos para no perder la serenidad.

—El caso es que deseo me informe sobre un hombre llamado Sam Kelleway —dijo todo lo rápidamente que fue posible.

Harold, que estaba riendo, fue aflojando hasta suprimir de su rostro la sonrisa.

—¿Sam Kelleway?... Sam Kelleway... ¿Lo conocemos, Oscar? —inquirió.

—Si tú no lo conoces es que no vive en Nueva York —replicó el hombre del pelo tieso.

—No se preocupe. Antes de que se marche habré logrado recordar a ese individuo. Entretanto le voy a contar el último chiste... Ja, ja... Es buenísimo...

Jimmy apretó con fuerza su vaso.

—Verá, verá —continuó Harold—. Se trata de una muchacha universitaria. Tiene un busto así... bueno, ya me entiende... y la muchacha tiene la costumbre de llevar suéteres muy ceñidos. Un día, estando en la clase, donde hay chicos y chicas, el profesor la manda salir a la pizarra, coge la vara y empieza: «He de hacerles señalar a ustedes dos puntos...». Ja, ja, ja... Buenísimo...

El llamado Oscar y Jimmy no tuvieron más remedio que sonreír.

—Sam Kelleway... ¿recuerda? —repitió otra vez Price.

—Kelleway... sí, creo que sí. Kelleway... hace tiempo que no lo veo... estatura regular, abundante pelo, ojos claros... Ya sé por qué no lo veo. Él iba al *cabaret* que Snipe tiene en la Séptima, «Cielo Estrellado». Snipe es el dueño y lleva negocios con él. Vaya allí y encontrará a su hombre. ¿Otro *whisky*?

El detective apuró el contenido de su vaso y se incorporó.

—Muy agradecido, míster Lukas. Espero poder oír un nuevo chiste en otra oportunidad.

—¡Claro que sí, muchacho! No, no pague. Hoy invito yo. ¡Y cuidado con los suéteres!... ¡Ja, ja!...

Jimmy hizo un gesto con la cabeza y se dirigió hacia la salida.

Entregó la chapa a la rubia y ésta le devolvió el abrigo. Cuando iba a echar a andar oyó a sus espaldas.

—Mañana tengo mi noche libre.

Jimmy se volvió.

—Y mañana yo la dedico a leer «Los Crímenes del Día».

Le dedicó su mejor sonrisa y salió a la calle.

Tardó media hora en llegar al «Cielo Estrellado». Debía haber

mucha gente, a juzgar por los coches estacionados. La fachada del *cabaret* era un desarrollo espectacular de su nombre. Docenas de estrellas de variados colores que parpadeaban sin cesar. Amarillas, rojas, verdes, azules. El portero era un hombre corpulento. Se veía a las claras que había pasado la mitad de su vida peleando en los cuadriláteros.

Jimmy entró sin que el antiguo boxeador le pusiese reparos. Quedó un tanto extrañado cuando contempló a otra rubia dentro del guardarropa. Y tampoco pasaría de los veinticinco. Su rostro era un museo de picardía. Frente no muy ancha, abombada, cejas arqueadas, sin depilar, ojos azules relampagueantes, nariz respingona y boca pequeña de labios jugosos.

—¿Su abrigo, señor? —dijo sonriente.

Jimmy salió de su contemplativa actitud. Dejó el abrigo mientras pensaba que aquel local era de más categoría que el «Cocotero Bill».

Guardó el cartoncito de resguardo en el bolsillo, se apretó el nudo de la corbata y echó a andar hacia el interior.

Abundaban los escotados trajes de noche y los de etiqueta. Casi todas las mesas estaban ocupadas y no bajarían de cincuenta. La pista de baile se hallaba a rebosar y las parejas se movían arrastrándose lentamente, completamente desconectadas del ritmo trepidante del *fox* que interpretaba una orquesta, en la que el punto fuerte lo constituían trompetas y saxofones.

Price fue acercándose hacia la barra costeanado mesas, sillas, mujeres, hombres. La barra también estaba concurrida. Pero le fue fácil hacerse con un hueco para meter el brazo derecho e indicar a uno de los que había tras ella, que le sirviese un *whisky* doble.

Cuando lo tuvo en su mano, se separó de la barra y después de beber un trago prestó atención al local. En la parte derecha había una escalera que conducía a un piso. Desde allí mismo podía ver el pasillo y dos puertas. Junto a la segunda puerta, había un hombre recostado en la pared, con los brazos cruzados. Estaba claro que era el despacho de la Dirección.

Terminó el *whisky* y pagó su importe. Cuando se dirigía hacia la escalera empezó a darse cuenta de que el alcohol que había ingerido le hacía ya efecto. Subió dos escalones, pero al poner el pie izquierdo en el tercero, sintió que una mano le cogía por un brazo.

Volvió el rostro y encontró el de un hombre de unos treinta y cinco años, de líneas regulares y sonrisa estática. Tenía el pelo rubio y tres de sus dientes eran de oro.

—El bar está en aquella parte. La salida de este lado y los lavabos allá enfrente —dijo, acompañando con un movimiento de cabeza las direcciones que indicaba.

Jimmy también sonrió.

—No me interesan ni el bar, ni la salida, ni los lavabos...

—¿No?

—No. Me interesa ver a Sam Kelleway. ¿Hacia qué lado cae?

El rubio dejó de sonreír y de sujetar el brazo de Jimmy.

—¿Sam... Sam Kelleway? —inquirió.

—Eso he dicho.

El otro quedó unos segundos indeciso y luego miró hacia arriba. Price siguió su mirada. En la parte superior estaba asomado el hombre que había visto con los brazos cruzados. Permanecía en una actitud interrogante.

—Espere —dijo el rubio, subiendo la escalera.

Jimmy vio que al llegar al lado de su compañero le decía algo, y se introducía en el despacho de la Dirección.

Tardó un minuto en salir. Cuando lo hizo, desde arriba asintió con la cabeza hacia el detective y éste subió sin ninguna prisa.

Una vez en lo alto, el hombre de los dientes de oro abrió la puerta y le indicó que pasase. Antes de entrar, Jimmy observó al otro individuo. Tenía el pelo ensortijado, pesaría setenta kilos y una cicatriz le marcaba la mejilla derecha.

La habitación en la que se encontró era muy espaciosa. Estaba iluminada con luces indirectas y amueblada con buen gusto. El piso cubierto por una gruesa alfombra de dibujo cubista. Tras una gran mesa que debía haber costado varios cientos de dólares, se encontraba un hombre de unos cuarenta años, de cabello negro, bigote fino, rasgos angulosos y mirada fría. Junto a un sillón tapizado de rojo estaba una mujer de unos cuarenta años. Había sido bella a juzgar por los rasgos de su rostro. Ahora estaba ya bastante ajado... No se notaba tanto el pasado en su hermoso cuerpo, que conservaba unas formas más que aceptables. Vestía un traje de noche, azul...

Antes de que pudiera seguir observando, Jimmy sintió que unas

manos palpaban, rapidísimamente, su chaqueta y pantalones. No ofreció resistencia cuando el rubio lo despojó de su pistola sin estrenar. La dejó sobre la mesa y el hombre que se sentaba tras ella la cogió y examinó.

—Nunca me han gustado esos juguetes —dijo displicentemente, con voz sonora, mirando a Price.

El detective no dijo nada de eso. Harold Lukas le había dicho que el propietario de aquel local era un tal Snipe. De modo que, aquél era el tal.

—Si la lleva es porque la necesita. ¿Verdad, míster...?

—Price, Jimmy Price.

—¿Y me quiere decir para qué la necesita, míster Price?

Jimmy sacó del bolsillo interior de su americana la cartera y la arrojó sobre la mesa.

El otro la tomó y la abrió.

—Sí, sí... ya veo que la necesita. ¿Desde cuándo no nos visita un detective particular, Scott?

El rubio dirigió a Jimmy una mirada cargada de dinamita.

—Desde hace... dos años —contestó.

—¡A los muchachos no les gustan ustedes, míster Price! Ya lo ve. Yo trato de hacerles comprender lo contrario. Pero es algo imponible de lograr.

—No he venido a discutir si les gusto o no a sus muchachos. He venido a hablar con usted, míster Kelleway —disparó Jimmy.

Notó que la mujer daba un respingo al oír pronunciar el nombre. Sensación que también pudo apreciar el propietario de «Cielo Estrellado».

—Mi nombre no es Kelleway. ¿Verdad, Jane? —dijo mirando a la mujer de una forma que a Jimmy le pareció extraña—. Soy Buddy Snipe, el dueño de este local.

—Entonces, míster Kelleway...

—Debe haberse marchado de viaje. Hace días que no le veo. Y si le sirve para otra vez... éste no es su domicilio.

Jimmy lo miró fijamente, mientras sacaba un cigarrillo del bolsillo. Extrajo la caja de fósforos que le había dado el amnésico, la abrió, tomó una cerilla y dijo:

—Es feo verse envuelto en un asesinato.

Luego, encendió sin dejar de observar el rostro de Snipe. Pero

era una máscara inexpresiva. Por el contrario, las piernas de la llamada Jane se aflojaron y tuvo que apoyarse fuertemente en el respaldo del sillón. Tal detalle fue captado por una rapidísima mirada del detective.

—Le vuelvo a repetir que si en lo que trabaja tiene algo que contar a Kelleway... puede marcharse —dijo Snipe con voz ronca.

—Si no me han informado mal, Kelleway estaba asociado con usted en ciertos negocios... —replicó Jimmy con indiferencia.

Snipe echó el busto hacia adelante.

—¿Y qué más?

—Se acabó su tiempo. Tendrá que arrojar otra moneda.

Apenas terminó la frase, Jimmy sintió como si le cayese sobre el hombro la estatua de la Libertad. Dio un quejido espontáneo mientras se contraía. Fue tan intenso el dolor que creyó que se desmayaba.

Transcurrió un minuto antes de darse cuenta de que el rubio había descargado un mazazo en su hombro.

—Scott es muy impulsivo, míster Price —oyó decir a Snipe—. Le gusta que no me falten al respeto. Le tendré que subir el sueldo por su fidelidad.

Price sintió deseos de revolverse para deshacerle la nariz al rubio, pero apretó los dientes y se contuvo.

Cuando levantó la cabeza vio a la mujer, que lo observaba con una mirada que quería decir algo. Pero no pudo interpretarla.

—Estaba usted hablando de asesinatos, de Kelleway, de mí... ¿Quiere continuar? —le recordó Snipe.

Jimmy tragó saliva.

—¿Conoce a Cecil Hubert? —inquirió.

—Puede que lo conozca. Aquí viene mucha gente.

—Lo asesinaron hace unas horas.

Los ojos del propietario de «Cielo Estrellado» brillaron con más intensidad.

—Todos los días se cometen asesinatos en Nueva York —replicó.

—Pero no en todos ellos está «presente» Sam Kelleway.

Jane suspiró profundamente y sus manos se contrajeron en el respaldo rojo del sillón. Los dedos de Snipe tamborilearon nerviosos sobre la mesa.

—¡No sé de qué me está hablando!

—De un momento a otro llegará la Policía y entonces lo sabrá usted.

—¿La Policía?

—Sí. No comprendo cómo he podido llegar antes que la Brigada de Homicidios. Deben estar ocupados con las huellas, las fotografías, los criados... y lo que comió Cecil Hubert esta mañana para desayunar.

Snipe se pasó la mano por el rostro.

—¿Quiere explicarme de una vez lo ocurrido? ¡Si quiere que le ayude he de saberlo! —bramó exasperado.

Jimmy consideró que aquel hombre ya estaba maduro.

—Cecil Hubert estaba citado con Kelleway a las seis y media de la tarde. Así está escrito en un bloc que había en su despacho. Fue asesinado entre esa hora y las seis cuarenta y cinco. Con arreglo a eso, sólo pudo liquidarlo su socio. Es tan sencillo que la Policía apenas hace preguntas a otras personas relacionadas con el muerto. Es un caso que no le habrá quitado el sueño al fiscal. Todo se reduce a dar con Kelleway... y a enviarle, tranquilamente, a la silla eléctrica.

—¡No! —gritó Jane, con el brazo derecho extendido.

Snipe dirigió a la mujer una mirada furibunda.

—¿Qué diablos te pasa, Jane? —bramó.

Ella se llevó lentamente la mano al cuello y lo miró con temor.

—Perdona, Buddy. Ya sabes que estoy muy nerviosa estos días.

—¡Márchate! Ya pasaré mañana a verte.

Jane asintió lentamente con la cabeza. Pasó junto a Jimmy y lo miró a los ojos, el rubio abrió la puerta y la volvió a cerrar cuando la mujer hubo salido.

—¿Por qué la silla eléctrica? —inquirió Snipe.

—Asesinato en primer grado. Después de muerto, Kelleway le siguió golpeando con una barra de hierro hasta destrozarle el rostro —explicó Price.

Snipe abrió un cajón de la mesa y extrajo un vaso y una botella.

—¿Qué ha hecho usted hasta ahora? —preguntó al detective, mientras llenaba el vaso.

—Poca cosa. Seguir la pista de Kelleway.

—Y ha venido aquí a por él... ¿no? ¡Pues se equivoca! ¡No está! ¡Hace días que no lo veo!

—¿Desde cuándo, exactamente?

—¿Desde cuándo, Scott?

—El jueves pasado estuvo conmigo en el Madison. Usted se había marchado... a Florida. De modo que son cuatro días —dijo el rubio.

—Yo pregunto desde cuándo no lo ve «usted», Snipe —murmuró Jimmy.

El propietario del *cabaret* le lanzó una mirada cargada de odio.

—¡Hace siete días nos entrevistamos en este despacho para liquidar el último negocio que tenía con él! ¡No me gustaba como socio!

—Muy interesante. ¿Qué clase de negocios llevaban?

—¿Y si no se lo digo?

—Tendrá que contárselo a la Policía. Conmigo tiene la ventaja de que quizá, pueda hacer algo por usted.

Snipe bebió un trago sin dejar de mirar al detective.

—Está bien. Él aceptaba apuestas para las carreras de Santa Anita. Yo no quería saber nada en el asunto. Hicimos sociedad y le presté unos cuantos miles para empezar. Intentó explicarme en qué consistía el negocio pero yo le dije que no quería saber nada de juego sucio. Yo sólo quería los billetes. Era lo único que llevábamos en común. Naturalmente, no hay nada que pruebe lo que digo. Usted es el único que se enterará.

—¿Y por qué me lo dice a mí? —inquirió Price.

—Porque quiero darle una pista. Los corredores que trabajaban para él se reunían por la noche en un piso de la calle Hood, Oeste. ¿Qué número, Scott?

—El ciento veinticinco —contestó con rapidez el rubio.

—¿Y por qué decidió terminar con él?

Snipe escancié más licor antes de contestar:

—Se retrasó en algunos pagos. Le amenacé con denunciarlo y me prometió saldar la cuenta. La semana pasada vino aquí y me aflojó la mayor parte. Creo que me quedaba a deber mil quinientos, pero le dije que consideraba el asunto liquidado.

—¿Sabe lo que pienso de usted, Snipe? —preguntó otra vez Jimmy.

—¿Qué?

—¡Que es usted un condenado embustero!

Las palabras del detective resonaron en la habitación como un latigazo.

El rubio dio un paso, avanzando. Pero fue demasiado lento. Jimmy lanzó contra su estómago su puño derecho. Scott dio un bufido y se dobló con la cara hacia adelante. Entonces Price levantó la rodilla y la hizo chocar contra el rostro del otro. El rubio salió despedido hacia atrás, se estrelló contra la pared y cayó al suelo.

—¡Basta ya! —gritó Snipe.

Jimmy lo miró. Estaba de pie, tras la mesa, apuntándole con su propia pistola. En su rostro se marcaba una mueca de rencor.

—Le gusta la jarana... ¿eh? ¡Pues le prometo que la va a gozar en grande, polizonte!

Scott se incorporó resoplando. Miró al detective y sonrió despreciativamente.

—¡Te vas a acordar! Cuando acabe contigo no te va a reconocer ni tu padre...

—¡Adelante, Scott! —le invitó Snipe, haciendo un movimiento con la pistola.

El rubio introdujo la mano derecha en el bolsillo trasero del pantalón. La sacó con un objeto de brillo metálico. Lentamente se la acopló en la misma mano. Jimmy comprendió que se trataba de una manopla de acero. Una manopla de acero capaz de hacerle saltar dos muelas de cada puñetazo. Sintió que la sangre le hervía.

—Si hace el menor movimiento en contra de Scott, le agujereo el traje —dijo Snipe amenazadoramente—. ¡Entiéndalo bien!

El rubio dio un paso hacia Jimmy. Sus ojos parecían los de un loco. Con la mano izquierda acariciaba la pieza de acero acoplada a la otra. El labio inferior le colgaba como una fiera dispuesta a dar la primera dentellada. El detective decidió que no podía soportar que le destrozasen la cara, permaneciendo inmóvil. Era preferible un tiro en la nuca. Y se preparó para recibir a la fiera.

En aquel momento se abrió la puerta. Scott se detuvo y todos miraron con expectación al hombre que había interrumpido la fiesta. Era el sujeto del pelo ensortijado y la cicatriz en la mejilla derecha. Estaba visiblemente excitado.

—Snipe... acaba de llegar la Policía... Brigada de Homicidios.

El rostro del rubio reflejó síntomas de estupidez. El de Snipe contrariedad. Y el de Jimmy dibujó una sonrisa. Echó a andar hacia

la mesa tras la que se hallaba, de pie, Snipe. Éste lo miró con precaución, sin dejar de apuntarle con la pistola.

El detective se detuvo a dos pasos del propietario del club nocturno. Alargó la mano con toda naturalidad y desprendió de la de Snipe la pistola. Éste no ofreció resistencia. Price guardó el arma, dio la vuelta y se dirigió hacia la salida.

—¿Va a recibir a la Policía con ese chisme? —dijo a Scott cuando pasó a su lado.

El rubio se quitó la manopla rápidamente y la guardó.

—¡Price! —exclamó Snipe.

Jimmy giró la cabeza cuando estuvo junto al hombre de la cicatriz.

—¿Alguna cosa? —inquirió con indiferencia.

—Puede que hayamos estado duros con usted, pero reconocerá que no ha estado correcto. Todos nos hemos puesto nerviosos. Yo quisiera...

—Que olvide lo que «iba» a ocurrir, ¿no es eso?

—Si no tiene inconveniente, cuando se vaya la Policía, podemos hablar...

Jimmy sonrió.

—¿Para qué me endose otra sarta de embustes?... Me dormiría, Snipe. Cuénteselo a sus pistoleros de pacotilla...

Scott se puso lívido y el hombre de la cicatriz se le fue a echar encima.

—¡Quieto, Marco! —ordenó Snipe.

Marco se detuvo, brillándole los ojos. Y Jimmy salió sonriente, cerrando la puerta tras de sí.

Se detuvo un instante viendo que el teniente Herman Hablaba al pie de la escalera con uno de los empleados de Snipe. Al policía le acompañaban dos hombres. No se habían molestado en despojarse de los abrigos.

El teniente miró hacia arriba y vio a Jimmy. Éste notó la sorpresa que le producía. Sacó un cigarrillo del paquete y descendió con lentitud.

—Mucho gusto en volverle a ver, teniente —dijo deteniéndose ante el policía.

Herman lo miró con fijeza mientras Jimmy se ponía el cigarrillo en los labios.

—La satisfacción es mía, míster...

—Price, Jimmy Price, teniente. ¿No lo recuerda?

El policía sacó un encendedor alargado y ofreció la llama a Jimmy.

—¿Me permite unas preguntas, míster Price? —preguntó mientras el detective encendía.

Jimmy lanzó una bocanada de humo y dijo:

—Las que quiera, teniente.

—¿Qué le ha dicho a Sam Kelleway?

—¿Sam Kelleway?... Pero, teniente, no irá a pensar...

—Claro que no, míster Price, claro que no. Usted no ha visto a Sam Kelleway, usted no conoce a Sam Kelleway y sólo se debe a una casualidad el que pocos minutos después de haberme visto en la casa donde Cecil Hubert ha sido asesinado por Sam Kelleway, lo encontremos aquí, donde debe estar Sam Kelleway. ¿Ve usted cómo soy comprensivo? —Herman distendió los labios en una sonrisa forzada, enseñando los dientes.

—Desde el primer momento me ha sido simpático, teniente —dijo Price con optimismo.

—Sí, ¿eh?

—Sí, fue una corazonada.

Herman perdió la serenidad.

—¿Quiere dejar de decir majaderías? —gritó.

Unas cuantas personas que se hallaban cerca, volvieron la cabeza hacia el grupo.

—Por favor, teniente —rogó el empleado de Snipe, un individuo de rostro negruzco y nariz aguileña.

—¿Cree que puede tomar el pelo a la Policía? —inquirió Herman.

—Nada más lejos de mi imaginación, teniente —repuso Jimmy.

—Ya me ocuparé de usted luego. No se aleje de aquí. Tú, Rody, no le pierdas de vista.

El llamado Rody, de unos cuarenta años, pelo entrecano y ojos pequeños, hizo una mueca de asentimiento.

—Estaré en el bar, teniente. Me tiene a sus órdenes —dijo Price.

—Seguro —murmuró Herman—. Vamos arriba.

Iniciaron la subida de la escalera el teniente, el otro policía y el empleado de Snipe.

—¿No viene a tomar un *whisky*, Rody? —invitó Jimmy.

Rody chasqueó la lengua antes de replicar:

—No bebo en acto de servicio. Pero puede que otra vez se lo acepte. Le vigilaré desde aquí.

—De acuerdo, Rody. Brindaré por usted.

Jimmy se dirigió hacia el bar. Tenía la sensación de que estaba andando sobre una cuerda, de tres centímetros de diámetro a veinticinco metros del suelo. Intentó imaginarse el rostro del teniente cuando Snipe le dijese que hacía unos cuantos días que no veía a Kelleway. Y a renglón seguido, hizo esfuerzos por crear una historia convincente para cuando Herman bajase y la emprendiese a preguntas con él. Pidió un *whisky* con ginebra, para reactivar las células grises adormecidas.

—Hola —dijo una voz a su lado.

Era Jane, la mujer que tan extrañamente se había portado en el despacho de Snipe. Sonreía mirándole, pero era una sonrisa de compromiso.

—¿Quiere tornar algo? —preguntó Jimmy.

—Uno igual al que usted toma.

Price pidió otro *whisky* con ginebra. Mientras los servían, Jane estuvo observando por el espejo frontal. Parecía asustada. El detective le ofreció el vaso.

Bebieron en silencio.

Él pensó que debía precipitar los acontecimientos. La miró a los ojos y dijo:

—¿Está dispuesta ya?

Jane hizo un gesto de sorpresa.

—¿Para qué?

—Para empezar su narración.

La mujer se pasó la lengua por los labios y repuso:

—No sé hasta qué punto debo confiar en usted.

—Así no adelantaremos nada. ¿Sabe que esto es una carrera contra reloj?

—Pero es que...

—Ya lo sé, está asustada. No tiene nada que temer. Estoy de su parte. Pero solamente puedo andar la mitad del camino. ¿No va a andar usted la otra mitad?

Jane sonrió y asintió con la cabeza.

—Eso está mejor —dijo Jimmy, guiñando un ojo—. ¿Qué me dice de Sam Kelleway?

—No es cierto lo que ha dicho Snipe.

—Lo he supuesto.

—Él y Sam se vieron anoche. Aquí. En su oficina. Y además... Jane se interrumpió.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jimmy.

—Me vigilan. Bronx, uno de los pistoleros de Snipe. No se mueva. Si le dice a Snipe que he estado hablando con usted, sería capaz de...

—Está bien, disimularé. ¿Qué me iba a decir de Kelleway?

Jane dio muestras de nerviosismo. Se mordió el labio inferior.

—No puedo decirle nada aquí. Escuche, vivo en el número noventa y cuatro de la calle Fugterfield Oeste. Vaya allá dentro de un par de horas. Habitación cincuenta y dos. Quinto piso.

—Pero... es que no sé si podré...

—Tiene que poder. Lo que yo le diga le aclarará muchas cosas.

—¿A cambio de qué? —inquirió Jimmy con rapidez.

—¿No ha sentido nunca asco por algo?

—Sí, varias veces.

—Pues eso es lo que me ocurre a mí. He vivido dentro de una pocilga y voy a liberarme... de todo.

Jimmy echó una ojeada hacia el pie de la escalera.

Rody estaba allí y de cuando en cuando dirigía una mirada en la dirección del bar.

—Oiga, me están vigilando a mí también. No son los de Snipe. No sé cómo salir de aquí.

—¿Dónde está su niñera?

—Al pie de la escalera.

—Salgamos a la pista a bailar. Le diré lo que tiene que hacer.

Jimmy abonó el importe de la consumición y luego tomó del brazo a Jane, encaminándose ambos hacia la pista. Estaba llena de parejas. La orquesta interpretaba un *fox* lento que invitaba a cerrar los ojos.

Price enlazó por el talle a Jane y empezó a moverse siguiendo el ritmo.

—Está usted helada.

—Creo que sí. Necesitaría una botella de *whisky* para

reaccionar, y de paso olvidaría.

Jimmy dirigió una mirada hacia el lugar donde estaba su vigilante. El policía estiraba el cuello, intentando no perderle de vista.

—Ese polizonte se ha tomado en serio la orden —dijo.

—Diríjase hacia el rincón de la izquierda.

Price maniobró en la dirección indicada.

—¿Ve al fondo una puerta? —preguntó ella.

—Sí.

—En cuanto lleguemos a la mesa más cercana, a la orquesta, sepárese de mí y aléjese sin temor. Detrás de la puerta hay un pasillo. Se encontrará a un hombre de pelo blanco y ojos saltones. Dígame que es orden de Snipe. La dejará marchar. Al final del pasillo está la calle.

Jimmy asintió con la cabeza y dijo:

—¿Y usted, Jane?

—Me sentaré con una pareja de amigos. Le daré diez minutos de tiempo. Luego, dejaré que me vea su guardián porque tengo que despedirme de Snipe. Pretextaré una jaqueca.

—De acuerdo. No olvide que iré a su casa.

Jane sonrió.

—¿Cree que puedo hacerlo? ¡Ahora váyase!

Jimmy se separó de la mujer, dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta señalada. La abrió y se encontró en un pasillo de unos cinco metros de longitud. Al final del mismo se hallaba el hombre del pelo blanco, leyendo un periódico. Al oír cerrarse la puerta levantó la cabeza y observó a Price.

—Se equivocó de ruta, amigo —dijo recostándose en la pared y estirando las piernas hasta apoyar los pies en el muro frontal.

—Orden de Snipe —repuso el detective.

El otro le observó con más detenimiento. Hizo una mueca indefinida y dejó el paso libre.

Cuando Jimmy se encontró en la calle, respiró profundamente.

Corría un vientecillo fresco que le hizo recordar su abrigo. Se había quedado en el guardarropía de «Cielo Estrellado».

Subió en el «Ford» y se alejó de aquellos lugares. Empezó a pensar que su situación no iba a ser muy envidiable. En cuanto bajase Herman de hablar con Snipe, sin haber logrado nada en

concreto, y en cuanto se diese cuenta, de que él había volado, su descripción la retransmitirían a los coches de la Policía. Porque, desde el momento en que Sam Kelleway no podía ser hallado, él, con su proceder, se convertía en uno de los sospechosos del caso.

Consultó el reloj cuando pasó por la esquina de la calle Cuarenta. Tenía, escasamente, una hora y cuarenta y nueve minutos de tiempo disponible. No le vendría mal comer algo.

Detuvo el coche en un restaurante barato, junto al «Continental Palace», un cine de actualidades. Tomó huevos revueltos, un filete con patatas, un doble de cerveza, tarta de manzana y café. Le sobraba una hora y diez minutos. Entró en el cine. En el vestíbulo compró un paquete de cigarrillos y el periódico. Ojeó éste sin encontrar la, menor noticia sobre el asesinato de Cecil Hubert. La Prensa no se había mostrado muy rápida.

Tomó asiento en una butaca y vio «La vida de Mac Arthur», veinte minutos de duración. Luego proyectaron una corta de Walt Disney protagonizada por el Pato Donald, que provocó grandes carcajadas y un documental sobre el concurso organizado para la elección de «Miss Long Beach». Era algo sorprendente el desfile de tanta mujer bonita en bañador. La sala se llenó de silbidos y hubo una ovación cerrada, y comentarios que hacían imposible el oír al *speaker*, cuando apareció en el lienzo la campeona. Ciertamente, el cámara había realizado un buen trabajo. Unos primeros planos de las piernas y del busto, capaces de conmover al corazón más duro.

Jimmy salió del cine y penetró en el coche. Cuando llegó al 94 de Fugterfield Oeste, era la hora indicada por Jane.

Era un edificio de ladrillo rojo de una veintena de pisos. Ocupaba una gran extensión.

Penetró sin dificultad. El encargado de noche se hallaba tras una cabina leyendo una novela de tapas rojas. Jimmy no quiso interrumpirle y se escurrió hacia el ascensor. Pulsó el botón del quinto piso. Cuando salió de la jaula se encontró en un amplio pasillo. Devolvió el ascensor y después de mirar el número de la primera puerta que tenía a su izquierda, tomó la dirección contraria. Diez metros más allá estaba la habitación de Jane, la 52. Iba a llamar, cuando se detuvo al oír voces procedentes del interior. Acercó el oído a la puerta e instintivamente su mano se introdujo en el bolsillo donde tenía la pistola. Ahora podía escuchar

perfectamente.

—Me querías vender. Lo sé. Pero he llegado a tiempo —dijo la voz de un hombre.

—Estás loco. ¿Quién te ha metido eso en la cabeza? —replicó una mujer.

—Los muchachos me avisaron. Aunque yo sabía que tarde o temprano esto llegaría. Lo que he visto hace unas horas me ha bastado.

—No digas eso. Son suposiciones tuyas. Sabes que te amo. Eres el único hombre a quien he querido... Tú lo sabes...

El hombre soltó una carcajada.

—¿Por qué... por qué te ríes? —preguntó balbuceante la mujer.

—Estás muy nerviosa, ¿sabes? ¿O es que tienes miedo?...

—Yo... ¿miedo?... por... ¿por qué había de... tenerlo?

—Claro que sí. Si yo soy el único hombre a quien has querido... No puedes tener miedo de mí... ¿verdad, nena?... Tú no puedes tener miedo de mí...

—No me mires así. Te lo suplico. No me mires así.

Al oído de Jimmy llegaron los sonidos producidos por los pies de la mujer al retroceder y los del hombre al adelantarse hacia ella.

—No... estate ahí... no, por Dios, no. Ellos te han engañado... ¡te han engañado! —La mujer rompió a llorar, a gemir—. ¡Te lo juro!, ¡ellos te han engañado!... ¿Verdad que me crees?... ¡John, no! ¡No! ¡No! ¡No!...

Jimmy hizo girar el picaporte de la puerta y penetró como un alud en la habitación, con la pistola en la mano.

—¡Quieto, John! —gritó.

Pero se encontró con la habitación vacía. De pronto sonaron tres estampidos a su espalda. Jimmy se volvió con rapidez. Una voz lastimera salió de la radio que había sobre una mesa, en un rincón.

—Por qué lo has he... cho... John...

Y seguidamente el ruido producido por un cuerpo al desplomarse.

—«¿Cuál fue el fin de John? ¿Llegó a tiempo Barry de atrapar al asesino? ¿Cuál fue el secreto por el que la hermosa Cinthya tuvo que huir?». Son preguntas que nuestras radioescuchas oirán contestadas en nuestra emisión del próximo martes, a la misma hora. ¡No lo olviden! Witerman y Compañía, creadora de la sabrosa

galleta «Dedé», es la patrocinadora de la retransmisión de esta novela. «Muerte a domicilio», debida a la pluma de King Renter... Galleta «Dedé», para su nene y para usted... Ga... lle... ta... «De... de».

Jimmy, perplejo, contemplaba el aparato como si se tratase del primer modelo de Marconi. A continuación, la emisora empezó a retransmitir música de baile.

Sonrió y dejó los brazos inertes. Echó una ojeada a la habitación. Era una sala de recibir como tantas. Un diván y tres sillones floreados, una mesita, una pequeña biblioteca, unas cuantas sillas tapizadas con la misma cretona que los sillones y media docena de cuadros, paisajes y bodegones, en las paredes.

Se dirigió hacia una puerta. La primera de su derecha. Era la cocina. Entró y salió enseguida. Abrió la segunda puerta. Era un dormitorio. Había una sola cama, una coqueta, un armario. Penetró dejando la puerta abierta. No hacía mucho que habían fumado un cigarrillo. Olfateó el olor característico del rubio.

Allí estaba la mujer. Junto a la cama.

Tendida en el suelo. Se acercó a ella. Jane mantenía los ojos abiertos. La habían estrangulado con una media de nylon.

CAPÍTULO IV

Los cajones de la coqueta estaban en el suelo. Junto a ellos había pendientes, lápices para labios, broches y una infinidad de otros objetos en confusión. El asesino lo había revuelto todo en busca de algo substancial para él. La pregunta era si lo había conseguido.

Jimmy se apartó del cadáver, cubrió su mano derecha con el pañuelo y estuvo revolviendo durante unos minutos el contenido de los cajones. No encontró nada que supusiese una pista. Salió del dormitorio cerrando la puerta tras de sí.

La emisora de radio continuaba con música de baile. Permaneció de pie, junto a la biblioteca, durante dos o tres minutos. Necesitaba un trago para levantar el ánimo. El asunto se complicaba por momentos. Y ahora el teniente Herman sí que tenía argumentos capaces de ponerle en una situación comprometida. Uno de sus agentes, Rody, le había visto hablar con Jane en el bar y, más tarde, bailando en la pista de «Cielo Estrellado». Indudablemente, se había metido en la boca del lobo.

Acarició los lomos de algunos libros mientras cavilaba. Cuando terminó por comprender que tenía muy pocas probabilidades de salir airoso de la inminente acusación policíaca, su mirada resbaló por la biblioteca.

Prestó atención a los títulos. «Estación Victoria a las 4:30», de C. Roberts. «La dama de los *sleepings* vuelve», de M. Dekobra. «Por siempre, Ámbar», de K. Windson. «Cinco asesinos», de R. Chandler. Era curiosa una obra policíaca entre las otras, de carácter galante rayano en la sensiblería.

La tomó en sus manos y enseguida notó que había algo entre sus páginas. Encontró un sobre dirigido al domicilio de Jane Samson. En el interior había una hoja de papel tela escrita. Estaba fechada el veinte de enero, en Río de Janeiro. Decía así:

«Querida Jane:

»Me parece absurdo lo que me acaba de relatar Shirley. Dice que tú la indujiste a subir al yate que nos transportó a América del Sur. No puedo creer que hicieses eso, puesto que ello equivaldría a admitir que tú estabas en combinación con Sam. Dime que no es cierto. Te portaste bien conmigo. Yo escogí mi triste destino. No me puedo quejar. Poco más o menos sabía a lo que iba. Pero Shirley es una criatura. Acaba de cumplir los diecinueve años y es horroroso que ella haya sido tan vilmente engañada. Es una sucia faena y yo sólo puedo creer capaz de realizarla a ese canalla de Kelleway. No dudo que cualquier día reciba su merecido. La silla eléctrica o la cámara de gas son poco castigo para él. De lo que sí estoy segura es que Moira Kent era una pieza en la maquinaria montada por esos hombres sin conciencia... Guárdate de ella. Sé que mi acusación te causará perplejidad. Parece imposible que una mujer con un rostro tan angelical, con una sonrisa tan amable, con una mirada tan ingenua, llegue tan bajo. Pero créeme, Jane, Moira es más peligrosa que la peor de las víboras. No quiero cansarte más. Yo continúo en uno de los clubs más importantes de Río, el “Dorado”. Por lo menos estaré hasta la primavera. Envía tus cartas al Apartado 1624. Muchos abrazos».

La firma, de rasgos muy alargados, decía «Nina».

Jimmy volvió el papel al sobre y lo guardó en su bolsillo, dejando la obra policíaca en el estante de la biblioteca.

Se dirigió a la puerta cautelosamente. La abrió y con el pañuelo limpió las posibles huellas que hubiera podido dejar. El pasillo estaba solitario. No utilizó el ascensor. Bajó las escaleras, cuidando no hacer ruido al pisar.

Llegó al vestíbulo y asomó la cabeza. El encargado continuaba sentado, leyendo la novela de tapas rojas. Se agachó unos centímetros y ganó la puerta, andando de puntillas.

Una vez en el coche respiró tranquilo. Pisó el embrague y se dirigió al despacho de George Baxter, Agencia de Detectives,

Informes Confidenciales.

Cuando llegó a la oficina, lo primero que hizo fue beber un vaso de agua. Había ingerido demasiado alcohol. Volvió a leer la carta de Nina y durante unos minutos permaneció pensativo, fumando.

Por fin decidió telefonear a su jefe. Marcó el número del domicilio de Baxter. Era un hombre de costumbres morigeradas. La noche que no tenía que dedicarla a algún cliente se la pasaba en el hogar. Oyó al otro lado de la línea el zumbido de la señal. Transcurrieron más de sesenta segundos antes de que hablase Baxter.

—Sí, sí, está bien... ¿Quién es?

—Su asalariado en demanda de un aumento de sueldo. La vida está muy cara...

—Déjese de bromas, Jimmy. ¿Qué diablos está haciendo? Le he estado esperando.

—Ya le dije que no contase conmigo.

Baxter refunfuñó entre dientes:

—Es lo único que faltaba. Que después que hace lo que quiere, me despierte a media noche...

—Y lo saque de casa.

—¿Qué?

—Que necesito que venga.

—Pero... ¿quién se ha creído que es? ¡Ni por el caso más interesante del mundo! ¡Déjeme en paz!

Baxter colgó a continuación.

Jimmy sonrió mientras dejaba el auricular. Tomó el periódico que había comprado en el vestíbulo del cine y durante media hora se entretuvo en hacer el crucigrama y algunas combinaciones para las carreras del jueves en Santa Anita.

La puerta se abrió, dando paso a George Baxter. La cerró dando un portazo. Su aspecto era humorístico, con el largo abrigo que llevaba para su corta estatura. Miró a Jimmy agresivamente.

—Bien. Lo conseguí. ¿Qué tiene que decirme?

—Siéntese. Me pone nervioso verle de pie.

—Sí, ¿eh?

Pero Baxter se sentó, de mala gana. Jimmy tosió un par de veces y su jefe lo observó con prevención.

—¿Por qué no lo suelta de una vez, Jimmy?

—¿Qué?

—Sé perfectamente que cuando una persona tose de la forma que lo ha hecho usted es porque se encuerara en un atolladero.

—Es usted una gran ayuda.

—¿Sí? Eso quiere decir que de un momento a otro tendremos un huracán sobre nuestras cabezas. Y le aseguro que no estoy dispuesto a descifrar más toses ni frases ambiguas. ¿Empieza ya?

Jimmy hizo una narración de los hechos en los que había participado. La faz de su jefe fue empalideciendo paulatinamente. Cuando terminó de relatar el asesinato de Jane Samson, se diría que la sangre se le había bajado a los pies.

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo? —estalló—. ¡Está dando cobijo a un asesino! Protegiéndole. ¿Se ha vuelto loco?

—Cálmese, Baxter. Puede que su instinto policiaco le engañe.

—¿Mi instinto policíaco? ¿Engañarme? ¿Cómo se atreve? ¡Sepa que cuando usted estaba jugando a la gallina ciega yo llevaba unos cuantos años atrapando delincuentes!

Jimmy sonrió.

—¿Como ahora? —preguntó burlonamente.

Baxter dio un bufido, quiso decir algo, pero las palabras se le atropellaron en la boca.

Jimmy cogió otra vez el teléfono y marcó el número de su casa. Quería hablar con el amnésico.

—¿Qué hace ahora? —inquirió el hombrecillo.

—Deseo hacer una comprobación. Llamo a míster Equis.

Pero al otro extremo nadie descolgó el auricular. Pasó un minuto y luego el siguiente. Finalmente, Jimmy tuvo que desistir.

Baxter le dirigía una mirada de triunfo.

—¿Está convencido ahora? —dijo.

—Debe estar dormido como un tronco. Después de su aventura es perfectamente posible.

—Usted es el primero en no admitir semejante cosa. ¡Y sabe tan bien como yo lo que ha ocurrido! En cuanto lo dejó en su apartamento, Sam Kelleway se frotó las manos por la suerte que ha tenido en dar con un mirlo como usted. Se ha dirigido al domicilio de Jane Samson, la ha esperado y luego... ¡otro asesinato!

—Es muy listo, Baxter. Explíqueme el móvil y lo demás.

—El móvil lo indica bien claro la carta que dirigió a Jane esa

Nina desde Río. Estaba metida en algo sucio en combinación con Kelleway. Éste se da cuenta de que Jane empieza a derretirse y la elimina.

—¿Y qué más?

El jefe dio un puñetazo sobre la mesa.

—¿No tiene bastante? ¿Piensa, estarse toda la noche ahí sentado? Lo que debe hacer es presentarse al teniente Herman y contárselo todo. Puede que la muerte de Jane no sea la última. ¡Puede que alguien esté en peligro!

Jimmy adelantó el busto hacia Baxter.

—¿Va a dejar de dar gritos y hacer aspavientos? —dijo con voz autoritaria.

Jimmy Price se puso un cigarrillo en los labios y encendió. No habló hasta después de lanzar un par de bocanadas.

—Mire, Baxter. Sinceramente no sé cuál de los dos tendrá razón. Usted ha opinado sobre el caso. Yo voy a dar la mía. Le repito lo que ya he dicho esta noche a Ruth Fleming. Hay un cúmulo de pruebas circunstanciales que se dirigen hacia el hombre que yo he dejado en mi casa. ¡Pero no son más que eso! ¡Pruebas circunstanciales! ¿Cómo me asegura usted que ese hombre es Sam Kelleway? Es remotísima la posibilidad que confirme esa identificación. Puede, ser un peatón que haya recibido un golpe en la vía pública o en cualquier otro sitio.

—¿Y el hecho de que haya desaparecido de su apartamento?

—Es posible que haya recuperado la memoria mientras he estado fuera y en ese caso habrá dejado una nota antes de marchar a su domicilio, o puede, si no la ha dejado, que mañana se ponga en contacto conmigo para explicarme lo sucedido.

Baxter lanzó una risita escéptica.

—¿Y se lo va a contar así al teniente? ¿Ha visto antes si tiene un par de alitas?

—Está bien. ¿Quiere que me entregue? ¡De acuerdo!

Jimmy se levantó, dirigiéndose hacia la puerta. Pero cuando tenía la mano sobre el picaporte, gritó Baxter:

—¡Deténgase!

Price se volvió de mala gana.

—¿Qué le ocurre ahora?

El hombrecillo corrió a su lado y le sujetó de un brazo.

—¡No puede contarle eso a la Policía!

—¿No?

—¡No!

—¿Por qué razón? Acaba de decir que debo confesar todo al teniente. Puede que alguien esté en peligro —dijo Jimmy, recalcando las últimas palabras.

—No puede decir nada —repuso Baxter, plañideramente—. Sería mi ruina. Soy su jefe y aunque probase que usted en este caso ha obrado enteramente por su cuenta, lo menos que me harían es quitarme la Licencia. ¿Se da cuenta? ¡Quitarle la Licencia!

Jimmy miró alternativamente al rostro de su jefe y al techo.

—En buen lío me ha metido —continuó el hombrecillo—. No sé qué voy a hacer... ¿Y usted? ¡Piense algo!

—¡Bien, Baxter! —exclamó Jimmy, dándole una palmada en el brazo—. ¡Vamos a trabajar!

—¿Qué se le ocurre?

—Ver a Moira Kent. Según la carta de Nina, Moira tiene o tenía una estrecha relación con Sam Kelleway. ¿Quién es ese periodista que le dio aquellos informes sobre...?

—Sí, Leo Colby. Pertenece a la redacción del «Star». Deme el teléfono.

Baxter marcó y luego dijo:

—¿Redacción del «Star»? Por Leo Colby... sí de George Baxter... Hola, Colby. Se trata de una tal Moira Kent... Sí, Moira... Todo lo que tengáis en el archivo... ¿Un par de minutos?... No, no cuelgo... Bien...

El hombrecillo dirigió una mirada a Jimmy, asintiendo con la cabeza. Se desgranaron tres minutos.

—¿Leo? Sí, sí... Dime... Sí... No, no está mal. Muy agradecido. Adiós, Leo.

—¿Y bien? —dijo Price, tomando el teléfono de manos de su jefe.

—Fue muy conocida hace unos ocho años. Cuando vosotros estabais pegando tiros. Hizo furor durante un par de temporadas en Broadway. Se dedicaba a la revista. Es una auténtica belleza. Tuvo un accidente de automóvil y aunque se libró de la muerte, una de sus piernas quedó en mal estado para ser exhibida en un escenario. Se retiró y actualmente dirige un «*ballet*» de muchachas en el

«*music hall*» de la calle Veintitrés. Eso es todo...

—¿Alguna particularidad?

—No. Es decir, acostumbraba a lanzar sus fotos encuadradas como cartas de la baraja, O sea, y más concretamente, utilizaba la reina de corazones.

Price se levantó e inmediatamente fue secundado por su jefe.

—Me voy contigo, Jimmy.

—¿Conmigo? No, no, de ninguna forma.

—¿Quieres que me cace la policía? —chilló Baxter.

Jimmy sonrió. George confiaba en él. No quería decir otra cosa el hecho de que empezase a tutearlo.

—No lo cazarán. Ellos me buscan a mí. Usted no sabe nada del asunto. Tiene que mantener ese punto por si... por si el amnésico fuese realmente el asesino.

—Pero...

—Y me prestará más ayuda quedándose. Ya me las arreglaré para comunicarme con usted si las cosas empeoraren.

—¿Más de lo que están? —gimió Baxter.

Jimmy negó con la cabeza y salió de la oficina.

Veinte minutos más tarde llegó a su domicilio. Quiso cerciorarse de que mister Equis no estaba. Y, efectivamente, así era. Tampoco había dejado una nota explicativa de su actitud.

Cerró el apartamento y bajó en el ascensor. Cuando atravesaba el vestíbulo oyó el sonido de la sirena de la Policía. Apretó el paso y dándose cuenta de que los coches estaban llegando precisamente por la parte derecha, en donde había aparcado el suyo, se dirigió hacia el otro lado. Pasó a la acera de enfrente y se detuvo en la primera esquina, volviéndose. Pudo distinguir al teniente Herman y a su vigilante Rody entre un grupo de policías que salieron del automóvil. Uno de ellos señaló el «Ford» de Baxter.

No quiso esperar más y se alejó de aquel lugar. Tomó un taxi cien metros más arriba, dando la dirección del local de la calle Veintitrés. En el camino se hizo un sinfín de preguntas. Casi todas giraron alrededor del hombre que había intentado proteger.

¿Hacia dónde se había dirigido? ¿Sería el asesino o, por el contrario, era una persona ajena a aquel condenado lío en el que se hallaba metido? Y en este último caso, ¿por qué le habían intentado asesinar en la calle? Y si era el autor de la muerte de Cecil Hubert y

del estrangulamiento de Jane Samson, ¿quiénes eran los que tenían interés en que él también desapareciese del mapa? No, no había respuesta para ninguna de las preguntas.

Se detuvo el taxi y pagó el recorrido. El «*music-hall*» de la calle Veintitrés era un teatro de segunda categoría. Con todo, estaba brillantemente iluminado. Leyó la cartelera adosada a la pared. Su mirada se detuvo unos minutos al leer:

«“*Ballet*” de Moira Kent. Quince esculturales *girls*.
Auténtico arte coreográfico. Juventud, belleza y color».

Subió, tres escalones, dirigiéndose hacia la taquilla. Estaba cerrada y tras los cristales había una joven de unos veintitrés años, muy pintada y de nariz achatada, que estaba contando la recaudación.

Jimmy golpeó el cristal con los nudillos. La muchacha interrumpió su labor y lo observó. Hizo un mohín de disgusto, pero abrió.

—La función está ya en la segunda parte. Y bastante avanzada —dijo.

—Si tiene que actuar todavía el «*ballet*» de Moira Kent...

—Sí, todavía le queda un número.

—Entonces entraré.

—Bien, ¿qué localidad?

—La más próxima.

Le dio una butaca de la fila diecisiete.

Cuando entró estaba actuando un ilusionista. Hizo el conocido truco del reloj. Pidió éste a un espectador, lo envolvió en un pañuelo y luego, poniéndolo sobre un velador de mármol, lo golpeó entre las risas del público. Extendió el pañuelo, apareciendo un montón de piezas deformes entre cristalitos. Las carcajadas aumentaron mientras la presunta víctima era el blanco de las miradas de todos. Por último, el artista bajó del escenario y sacó el reloj del bolsillo de otro espectador de la segunda fila. Una ovación atronadora acogió el final del experimento mientras una charanga hacía sonar sus instrumentos.

Después del mutis del ilusionista, hicieron aparición dos payasos vestidos con trajes multicolores, que les venían enormes, y con el

rostro pintarrajeado. El más alto pidió el reloj al otro. Cuando lo recibió, imitando al mago, lo envolvió en mi pañuelo que más parecía una sábana y lo pateó hasta hacerlo trizas. Luego lo desenrolló y dijo a su compañero que si quería otro reloj que lo comprase a plazos. El chiste era malo, pero el público, ingenuo, rió y aplaudió a rabiar. Inmediatamente, uno tomó un banjo y el otro una guitarra y cantaron «Ponte el camisón, Anita, que tienes frío». Era una canción en la que abundaban las frases de doble sentido. Tuvieron que repetirla ante la insistencia del respetable. Los payasos se retiraron chocando contra todos los objetos y tropezando entre sí.

A continuación salió un hombre vestido de etiqueta que, con voz de trueno, anunció el «*ballet*» de Moira Kent, «la maravilla de las Américas», como si airease el campeonato mundial de los pesos pesados.

La orquesta inició un vals dulzón y salieron las quince bailarinas.

Jimmy convino en que había juventud, belleza y color. La mayor de las *girls* no pasaría de los veinte años. Y entre ellas había media docena que eran un dechado de hermosura. Algo verdaderamente excepcional.

En cuanto a lo del «arte coreográfico», cabía la discusión. A él personalmente no le agradaban mucho aquellos movimientos descompasados. Se diría que al «equipo» le faltaba «entrenamiento y acoplamiento». Las perfectas piernas de aquellas muchachas parecían pedir el ritmo de un mambo o el de la simple rumba. Y en este instante recordó el sabroso espectáculo de la cubanita Carmen. Allí sí que había «arte coreográfico».

El detective no esperó a que terminase el número. Se levantó encaminándose hacia el vestíbulo.

Se acercó al galoneado portero enseñando visiblemente un billete de cinco dólares.

—¿El camino del escenario?

El portero tomó el billete y dijo:

—El pasillo de la derecha. Tenga preparado otro de éstos al final.

Jimmy sonrió ante el cinismo del empleado. Siguió la dirección señalada. Ciertamente, al otro extremo del corredor había un

guardián. Éste ni siquiera habló. Se guardó el billete e hizo una señal con la cabeza indicando que pasase.

Cuando estaba cerca del escenario terminó el «*ballet*» su actuación. Vio a muchos hombres y mujeres.

—¿Quién es Moira? —preguntó a una pelirroja de atractivos hoyuelos.

—La del traje chaqueta a cuadros. Aquella que fuma tan aristocráticamente... ni que fuera la duquesa de Windsor...

Jimmy dio las gracias y se separó de su informante. Echó una ojeada a Moira.

Nina la había descrito bastante bien en la carta. Rostro angelical, sonrisa amable, mirada ingenua. Le faltó agregar que tenía el cabello plateado más bonito que, al menos él, había visto en su vida. Que su busto, cintura, caderas y piernas eran un conjunto de armonía. Y que tenía una elegancia innata capaz de hacer desvariar al hombre que le concediese un poco de beligerancia.

En aquel instante pasaron junto a Moira las quince bailarinas. Todas la miraban como esperando algo. Y para cada una de ellas tenía una frase que las colmaba de alegría. Desde el lugar en que se encontraba, Jimmy no podía apreciar lo que Moira hablaba.

Cuando se retiró la última de las muchachas, él se dispuso al ataque. Quiso aprovechar la circunstancia de que Moira se aproximaba. Al llegar a su altura rompió el fuego:

—¿Señorita Kent?...

Moira miró el rostro del hombre que le interrumpía el paso.

—No, no me conoce, señorita Kent. Mi nombre es Doménico Teropoupulus... empresario de revista...

Ella no demostró sorpresa. Lo miraba con curiosidad.

—Tiene usted un gran espectáculo, señorita Kent...

—Gracias, míster Terou...

—Teropoupulus.

Moira se acarició la barbilla.

—¿Y es del espectáculo de lo que desea hablarme? —preguntó.

—Eso es, de su «*ballet*». He venido a Nueva York a contratar algo que valga la pena... Ya sabe, hoy día es difícil conseguir una atracción susceptible de ser considerada por el público como novedad...

Los labios de Moira se plegaron en una sonrisa de picardía que

iba muy bien a su rostro ingenuo.

—¿Y usted cree, míster Tero... poupolus, que mí «*ballet*» tiene novedad?

—Pues, sí.

—¡Pero si hay un centenar de ellos en esta ciudad! ¡Y unas cuántos miles actuando por todo el país! ¿De dónde es usted empresario?

—De Chicago. Pero usted no me ha comprendido, señorita Kent. Al hablar de novedad me refiero a la homogeneidad de su conjunto. Todas jóvenes y bonitas. De piernas finas, movimientos ágiles y graciosos... ya me entiende. En un teatro como el que yo tengo, causarían sensación.

Jimmy sonreía, se levantaba de puntillas y se dejaba caer sobre los talones e incluso se llevaba las manos a las sisas del chaleco, mientras hablaba, procurando parecerse a los empresarios que había visto en el cine. Echó de menos un habano para hacerlo correr de un extremo a otro de la boca.

—Lo siento, míster Teropoupolus, pero mí «*ballet*»...

Price chasqueó la lengua e hizo un ademán con la mano, interrumpiendo a Moira:

—No, no... No me conteste ahora. ¿Cree usted que este lugar es a propósito para hablar de negocios?

—Pero...

Jimmy la tomó del brazo.

—Si mal no recuerdo, la actuación de su conjunto ha terminado por hoy. Y en este caso creo que lo oportuno es que nos dirijamos a algún sitio donde podamos intercambiar nuestros pensamientos sobre el particular.

—¿Intercambiar? —preguntó la joven, asombrada pero dejándose conducir.

—Naturalmente. Y nada mejor para ello que un lugar donde haya música, donde podamos descorchar una botella de buena marca... ¿Eh, qué le parece? Siento una gran pasión por la música... ja, ja... y por las botellas de buena marca...

Mientras él hablaba recorrieron un largo pasillo.

De pronto ella se desasíó de Jimmy, quedando inmóvil. El detective la miró con expectación. Pensó que todo estaba perdido.

—Míster Teropoupolus...

—¿Qué hay?

Moira le miró a los ojos fijamente.

—Que estamos siguiendo la dirección opuesta. La salida es por aquel otro lado.

Jimmy sonrió, dando un respiro, dio la vuelta y la tomó otra vez del brazo.

Cuando salieron a la calle recibió otro susto repreguntar la hermosa mujer:

—¿Dónde tiene el coche?

—Bueno, no sé qué diablos le pasó al motor... Está en el garaje.

Tomaron un taxi. Cuando el chofer miró hacia atrás, Jimmy inquirió:

—¿A dónde vamos? —Tenía la esperanza de que ella diese la dirección de «Cielo Estrellado».

Pero Moira levantó los hombros.

—Bien, llévenos a «Cocotero Bill» —señaló él.

Le interesaba muy poco conservar la identidad de Teropoupulus Deseaba, cuanto antes, provocar una situación que obligase a Moira a enseñar su juego. Y puede que Harold Lukas, si el gigantesco gorila continuaba en el «Cocotero», le ayudase en su tarea. El principal objetivo estaba conseguido. Salir con aquella mujer, cuya pista le había, señalado la carta encontrada en la casa de Jane.

La rubia del guardarropa mostró sorpresa al ver llegar al hombre que le había regalado un par de dólares por una descripción, acompañado por una beldad de aquel calibre. Jimmy le guiñó un ojo al pasar, como el que está acostumbrado a llevar a su lado buenos ejemplares.

Se sentaron en una mesa cercana a la pista y pidieron un par de Martinis. Jimmy vio a Harold Lukas, de pie, junto a la barra, entre un grupo formado por varias mujeres y otros hombres.

—Magnífico, señorita Kent —dijo el detective frotándose las manos.

La orquesta de los siete cubanos comenzó a interpretar un ritmo caliente.

—He aceptado su invitación por evitar que me considerase arisca, míster Teropoupulus. Pero adelantándome a su petición he de comunicarle que mí *«ballet»* no sale de Nueva York.

—Es usted un poco impulsiva. Aún no ha oído mi propuesta.

Moira hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Por muy buena que sea no puedo aceptarla.

El camarero dejó sobre la mesa los dos Martinis.

—¿Por qué? —preguntó Jimmy.

Ella tomó el vaso y lo mantuvo a unos centímetros de su boca.

—Por la razón que le acabo de dar. Solamente actuamos en Nueva York.

Price hizo un gesto premeditado de extrañeza.

—No lo entiendo.

Moira bebió un sorbo.

—Es sencillo de entender. Las chicas del «*ballet*» son muy jóvenes. Tienen su familia, en Nueva York. Yo las escojo en las academias y la primera cláusula que establezco en los contratos que firman es que se mantendrán durante dos años en Broadway o en cualquier club de aquí. Únicamente con esa condición es posible obtener su consentimiento y el de sus familiares.

Jimmy asintió con la cabeza, pero su cerebro reproducía un pensamiento bien distinto al ademán.

La justificación era tan débil que se caía por su base. Hay centenares de muchachas con la misma edad que las componentes del conjunto de Moira, que están dispuestas a ir adonde se les indique con tal de que suponga un adelanto en su carrera hacia la fama. Viajar es su primer sueño. Conocer nuevos ambientes, que les conozcan otros públicos.

—¿Quiere bailar? —invitó.

Moira se levantó y él la enlazó. En la pista se movían media docena de parejas.

—No sabía que le iba a contrariar tanto mi negativa.

—Hasta hoy he contratado lo que me ha gustado, señorita Kent. Es mi primer fracaso. Precisamente es ahora cuando más necesito un buen espectáculo. Tenía un grupo de muchachas tan bonitas como las tuyas, pero un tipo me jugó una mala pasada...

—¿Sí? ¿Qué le hizo?

—Se presentó una noche en el teatro y las engatusó diciéndoles que si firmaban contrato con él en exclusiva, las llevaría al «Palladium», al «Morocco», en fin, a los mejores teatros y locales nocturnos del país.

—Mala suerte para usted.

—La tuvieron peor las chicas.

—¿Qué pasó?

—El magnate resultó ser un individuo desaprensivo e inmoral, las embarcó en un yate y las fue dejando en *cabarets* de cuarto orden por Centroamérica...

Jimmy sintió cómo la joven se estremecía entre sus brazos. Dejaron de bailar.

—¿Se siente mal? —preguntó él con interés.

—No... en absoluto. Un simple escalofrío. La rumba no logra aclimatarme.

Él sonrió, la acercó más contra su cuerpo y continuaron bailando.

Pero Moira había encajado el golpe. Un par de veces lo miró y él creyó ver en sus ojos un brillo especial.

La orquesta terminó su interpretación y se dirigieron hacia la salida.

—¡Caramba, usted aquí! —gritó Harold Lukas, dando una palmada en la espalda de Jimmy.

El detective se volvió y Moira anduvo todavía un par de metros antes de detenerse.

—He venido con una amiga.

El gigante echó una mirada a la joven.

—¡Y qué amiga! Oiga, usted no pierde el tiempo... ¿Dónde he visto yo esa cara?... —Se llevó la mano a la boca, intentando recordar.

Harold había bebido un poco más de la cuenta y su actitud vacilante era una prueba que no admitía réplica. El detective consideró que en tal estado más le podía perjudicar la presentación que favorecerle.

—Mire, tenemos prisa. Acaban de telefonarle a ella. Un hermano suyo ha sufrido un accidente. No sé si llegaremos a tiempo a la clínica...

Le estrechó la mano, dejándolo con la boca abierta.

Tomaron otro taxi y Moira dio la dirección del Edificio Guillermain. Jimmy intentó entablar conversación pero la mujer se limitó a murmurar monosílabos. Cuando el coche llegaba al lugar donde ella residía, el detective hizo esfuerzos por concertar otra entrevista.

—Supongo que no será su última palabra, señorita Kent.

—Lo es. Muy agradecida por su invitación y por haberme acompañado.

El taxi se detuvo y ella bajó.

—Buenas noches, míster Teropoupulus.

—Buenas noches.

Esperó a que la joven entrase en el edificio. Hubiera dado cualquier cosa por saber quién era la persona a la que ella telefonaría en cuanto llegase a su apartamento.

—¿Adónde, señor? —preguntó el chofer.

—Ah... Sí... pues, lléveme a un hotel de tercera categoría... o de cuarta, no tengo preferencias.

El coche arrancó y tras quince minutos de carrera se detuvo ante una casa de aspecto no muy limpio. Pagó al chofer y se introdujo en la mansión.

Un viejo de sesenta años lo miró por encima de unos lentes anticuados cuando se aproximó al registro.

—Un cuarto con baño —pidió.

—Los pondrán la semana próxima. Por ahora le podemos ofrecer una habitación con una cama, un armario, una silla y el lavabo. Todo por un dólar... adelantado.

Jimmy asintió y dejó un billete sobre el mostrador.

—Firme aquí.

Estampó el nombre de John Jones en un libro de sucias hojas. Luego, el viejo le dio una llave.

—Primer piso, habitación veintidós.

Subió la escalera y no tardó en hallar el apartamento señalado. El aspecto del mismo era tan deleznable como esperaba. El encargado se había olvidado de citar a un perchero medio destrozado. También se incluía en el dólar.

Se quitó la chaqueta y la dejó en el perchero.

En aquel momento se abrió la puerta. Se volvió Jimmy y vio a dos tipos. Uno alto, de aspecto enfermizo, y otro bajo, regordete. Eran antiguos conocidos. Los dos hombres que habían intentado asesinar al amnésico en la calle.

El alto cerró la puerta tras de sí y echó una mirada indiferente por la habitación.

—Tienes una bonita casa, Carlos —dijo.

—Y unos bonitos muebles, Carlos —repuso el regordete.

—Creo que se han equivocado de cuarto, no me llamo Carlos.

El alto puso una mano sobre el respaldo de la silla y lo apretó hasta hacer crujir la madera.

El bajo sacó del bolsillo de su abrigo unas almendras y se las echó en la boca.

—¿Has oído, Orson? Resulta que Carlos no se llama Carlos... —dijo el regordete, apoyando el cuerpo en la puerta.

El alto continuó inspeccionando los muebles mientras decía:

—Vaya con Carlitos. Ahora nos dirá que se llama John Jones —se volvió hacia Jimmy—. ¿Verdad, Carlos?

El detective se encontraba en una situación comprometida. Tenía la pistola en la sobaquera pero sabía que era el último movimiento que debiera intentar. Aquellos sujetos eran pistoleros profesionales y le vaciarían un cargador antes de que pudiera sacar el arma.

—¿Qué broma es ésta? —inquirió con energía.

El individuo alto metió la mano en el bolsillo derecho del abrigo. Y Jimmy notó que estaba muy abultado.

El regordete soltó una risita irónica.

—¿Lo has oído, Orson? —dijo—. Carlos se enfada.

—Sí, es muy impulsivo. ¿Por qué eres así, Carlos?

—¿Qué es lo que quieren de mí?

Los dos pistoleros se miraron, y sonrieron.

—Carlos empieza a ponerse en razón —dijo el llamado Orson—. Me gustan los amigos comprensivos.

—¿Y bien? —volvió a inquirir Price.

Quería dar la sensación de que no le acobardaban las bravatas de los dos sujetos.

—Es sencillo, Carlos. Cierta persona nos ha encargado de que te disuadamos de que continúes metiéndote en lo que te importa... ¿Me explico bien?

—Como el agua, Orson —intervino el regordete—. Se dice husmear, Carlos. No debes husmear. Es un vicio muy feo. Como mirar por el ojo de la cerradura.

Orson dio unos pasos lentos, hasta colocarse a la altura de Jimmy. Éste retrocedió, procurando que los otros se diesen cuenta de que estaba conforme.

—¿Nada más? —preguntó.

—Solamente que queremos acreditar nuestra visita, Carlos. Es muy lamentable, pero a nosotros nos pagan —dijo Orson, con indiferencia.

Jimmy fue a volverse, pero no lo hizo con suficiente rapidez.

Orson le golpeó en la cabeza con la cachiporra que sacó del bolsillo. El detective se tambaleó, flexionando el cuerpo por la cintura. El regordete se adelantó y le disparó un puntapié al rostro. Orson volvió a maniobrar con la cachiporra, descargándola sobre un hombro. Jimmy dio un aullido. El dolor le impedía abrir los ojos. Su nariz estalló en un chorro de sangre. Cayó al suelo semiinconsciente, y aún allí siguieron pegándole hasta que quedó inmóvil.

Luego, los dos pistoleros se dirigieron hacia la puerta y salieron.

CAPÍTULO V

—No es más que un pobre imbécil...

Las palabras entraron lentamente una tras otra por sus oídos. Le hizo el efecto de que le estaban horadando el cerebro con un sacacorchos. De pronto, la frase, al llegar a la cavidad craneana, hizo explosión y se transformó en mil ecos...

«No es más que un pobre imbécil... No es más que un pobre imbécil... No es...».

Sintió unas punzadas en la cabeza, como si se la atravesasen con agudos alfileres. Algo fresco resbaló por su rostro y a continuación se lo golpearon.

—Sí, no es más que un pobre imbécil —oyó decir más claramente.

—¡Cállese, Rody! —gritó otra voz.

Rody, Rody... Los pensamientos, las ideas fueron ocupando su lugar.

Movió la cabeza y tuvo la sensación de que se le iba a desprender. La sujetó por si acaso. Abrió y cerró los ojos varias veces.

—Déjelo de mi cuenta, jefe —dijo alguien.

—¡Soy yo quien dirige esto!

Reconoció la última voz. Era la misma que había impuesto silencio a Rody. La del teniente Herman, de la Brigada de Homicidios.

Empezó a recordar. Un millonario había sido asesinado a golpes. Una antigua cantante de un club nocturno había sido estrangulada. Una maravillosa mujer, la sobrina del millonario, se hallaba envuelta en el asunto. Una pareja de pistoleros le había propinado la mayor paliza de su vida... Al llegar a este punto dio un gemido.

—Y bien... Price.

Levantó la cabeza. Se hallaba acostado en su cama. A cada uno

de los lados había un hombre. El teniente Herman estaba tras los pies de la cama, mirándole inquisitivamente. Rody se apoyaba en el respaldo de la única silla que había en el cuarto.

—Creo que ya puede empezar, Price.

Jimmy se incorporó hasta quedar sentado. Pasó una mano por su rostro y dijo:

—Empezar, ¿qué?

El hombre que estaba a su derecha alargó un brazo y lo cogió por el cuello de la camisa.

—¡Nada de violencias, Blackie!... por ahora —ordenó imperiosamente Herman.

Blackie soltó su presa de mala gana.

—Mire, Price... —continuó hablando Herman—. Siento decirle que su situación en este asunto de Cecil Hubert es muy delicada. Se ha metido usted en un lío del que le va a ser difícil salir.

—¿Sí?

—¡Sí...! Naturalmente, cuente con las simpatías del Departamento. Nos duele que se encuentre en esta coyuntura y estamos dispuestos a ayudarle. A cambio, claro, que usted nos ayude a nosotros.

Jimmy sonrió con ironía.

—Muy amable por su parte, teniente. Yo me pongo la cuerda alrededor del cuello y ustedes atarán la piedra.

Herman hizo un gesto de exasperación y gritó:

—¿Prefiere que le interroge en la Comisaría?

—Sabe que puede hacerlo.

—¡Le detendré, Price!

—No me diga... Hoy no he matado a ninguna viejecita.

—No se haga el gracioso antes de escuchar esto. ¡Ha tomado parte activa en el asesinato de Cecil Hubert! ¡Ha engañado a la Policía! ¡Es más que posible que haya asesinado a Jane Samson! Cualquiera de esas tres acusaciones me bastará para justificar su encierro.

—Le costaría la degradación, teniente. No tiene ni una sola prueba que ratifique cualquiera de sus maravillosas acusaciones. Respecto de la primera, ni siquiera conocía a Cecil Hubert. No sé por qué tenía qué asesinarlo. En cuanto a la segunda, no sé a qué se refiere...

—¡Usted es un detective particular!

—Sí, teniente. Soy un detective particular. Pago mi contribución al recaudador. Tengo licencia. Llevo una relación con las correspondientes memorias de los casos en que actúo... En fin, para no cansarle, cumplo con todas las obligaciones que me impone el Tío Sam.

—¡Pero se lo calló en casa de Hubert!

—No me lo preguntaron, teniente. El agente que tomó taquigráficamente el interrogatorio puede refrescarle la memoria.

Herman se mordió el labio inferior, y dijo recalcando las palabras:

—¿Y qué me dice del estrangulamiento de Jane Samson?

—Que sé tanto como usted.

—¿De veras? ¿Y qué hay de la conversación que sostuvo con ella?

—Mire, teniente. Tengo que admitir que fui a casa de esa mujer. La vi en el bar de «Cielo Estrellado». Me dijo que tenía que comunicarme algo. Bailamos unos minutos y nos citamos en su casa. Puedo probar que estuve cenando en un restaurante y que pasé más de una hora en un cine. Luego me fui al domicilio de la Samson y la encontré muerta, con la radio a todo gas.

—Se cree muy listo, ¿verdad? Me cuenta todo eso porque sabe que no tiene más remedio que hacerlo. La carta que hemos encontrado en su chaqueta, firmada por Nina y dirigida a la Samson, es demasiado comprometedora, ¿no? Es una prueba de que estuvo en su casa.

—No prueba, nada, teniente. Pudo habérmela dado en el local de Snipe. La encontré casualmente mientras examinaba el lugar del crimen.

—¡Y la retuvo en su poder! ¡Evitó que cayese en manos de la Policía! ¡Hizo desaparecer una prueba! —gritó triunfalmente Herman.

Jimmy hizo un gesto cansado.

—Está bien, teniente. Me han cazado. Confesaré.

—¡Bien! ¡Eso está bien! —exclamó el teniente.

Rody sacó un block y lápiz, y adelantó el busto para no perderse palabra.

Price frunció la frente y chasqueó la lengua.

—Yo asesiné a Cecil Hubert. Hace unos años estuvo en la India y sustrajo de un templo enclavado en las montañas de Hyderabad una docena de gemas pertenecientes a la corona del dios Rhoy. La secta religiosa que adoraba a este dios juró enviar a Cecil al infierno. Un representante de ella que llegó la semana pasada a Nueva York me propuso que yo fuese el brazo ejecutor de la venganza. Como compensación a mi trabajo me daban doscientos kilos de diamantes y veintiséis hermosas y seductoras huríes...

—¡¡Price!! —bramó Herman.

Pero Rody y Blackie no pudieron evitar una suave carcajada. La mirada del teniente los fulminó.

—¡Usted lo ha querido, Price...! No voy a detenerle ahora. Pero le aseguro que si intenta escapar de la ciudad, no lo va a conseguir. Entre tanto voy a acumular tantas pruebas contra usted que se arrepentirá de no haberse conformado con las que ahora hay. ¡Vamos, muchachos!

Herman dio la vuelta y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Rody fue el último en salir.

Jimmy sonrió al encontrarse solo. Sabía por qué no lo detenían. Era cierto que Herman podía hacerlo.

Pero su encierro a nada conducía. El teniente iba más allá. Le daba cuerda para que descubriese a la persona por la que en aquel caso trabajaba. Y Herman desconocía que si trabajaba para alguien, ese alguien era un hombre que podía encontrarse en aquellos momentos a millares de kilómetros de Nueva York.

Consultó el reloj. Eran las diez y media de la mañana. Había estado durmiendo más de siete horas y si no lo hubiera despertado la Policía seguramente le hubiesen dado las tres de la tarde en la cama. ¡Menudas pastillas contra el insomnio le habían recetado la pareja de buitres!

De pronto, se acordó que a las doce estaba citado con Ruth Fleming para almorzar. Dio un salto para salir de la cama y enseguida se arrepintió. Sintió agudos dolores por todo el cuerpo. Consecuencias de la paliza servida a domicilio por Orson y compañía. Ello le recordó que debería tener una cara como un mapa. Se acercó al lavabo y se miró en el espejo.

Tenía la nariz hinchada y en los orificios, restos de sangre seca. Un ojo, el izquierdo, ligeramente morado e inflamado. Y un

pequeño corte junto a la oreja del mismo lado. No estaba mal. Lo podían haber estropeado más. Casi podía decir que Orson y el regordete trabajaban con delicadeza.

Se despojó de la ropa de cintura para arriba y se remojó concienzudamente.

A las once salió de la habitación. En el registro no estaba el viejecito de lentes. Había en su lugar una señora de unos cuarenta años que hizo una mueca cuando él la saludó.

Echó a andar por la calle hacia la Séptima. Hizo un arqueo de sus bolsillos. Contaba con ocho dólares y veinticinco centavos. Eran restos de un billete de cincuenta que Baxter le había entregado para el último asunto que había investigado. El caso de la mujer resentida. Tenía bastante si el local elegido por Ruth no era de los más caros. De todas formas, tomaría precauciones y pediría para él solamente un Martini.

Se detuvo ante un kiosco y compró el «Star». En primera plana iba el asesinato de Cecil Hubert. Con abundancia de texto y una fotografía muy oscura del muerto, en la que no se distinguían sus rasgos. «El eminente prohombre de negocios... el filantrópico *Mr.* Hubert... una gloria de Wall Street... repugnante crimen... deja una fortuna de veinte millones... se cree que la única heredera es su sobrina Ruth Fleming... una de las más bonitas caras de nuestra alta sociedad... el competente teniente Herman... brillante hoja de servicios... etc., etc.».

Jimmy buscó la noticia del estrangulamiento de Jane Samson. Lo incluían en una de las páginas interiores. Una columna de quince líneas sin ninguna fotografía. Se decía que había sido asesinada una antigua bailarina de *cabaret*. Y que posiblemente el crimen había sido ejecutado por algún tipo de los bajos fondos, ya que la víctima tenía una pésima reputación y se le habían conocido varios amantes.

Dobló el periódico y siguió su camino. Al pasar junto a un bar le llegó a la nariz un agradable olor a salchichas fritas. No pudo resistir la tentación y entró. Tomó un par de bocadillos y un doble de cerveza. Su capital sufrió una disminución de diez centavos.

Se dirigió hacia una parada de taxis. Subió en uno y dio la dirección del «Dashielle».

Ruth Fleming ya estaba sentada esperándole. Hizo un mohín de

sorpresa al ver el rostro del detective.

—No se asuste. Tropecé con el armario de mi cuarto en la oscuridad.

—Y le dio una dentellada —dijo ella señalando el esparadrapo que había colocado sobre el rasguño.

—No está mal con esos trapos —comentó Jimmy desviando la conversación.

Ruth vestía un traje de terciopelo azul con manga larga. A la altura del hombro llevaba prendida una camelia.

Un camarero se acercó con la carta. Ella pidió, después de leerla, langosta con salsa tártara y pollo, y él tragó saliva.

—Usted, señor.

—Bueno, no tengo apetito. Por tomar algo traiga un Martini.

¿Tendría bastante con los ocho dólares?

Se marchó el camarero, y Jimmy ofreció el paquete de cigarrillos a la joven. Encendieron.

—¿Qué me dice de su investigación? —preguntó Ruth.

—No he hecho muchos adelantos. Su amigo Harold me envió a la cueva de Sam Kelleway. No estaba allí pero encontré a un sujeto sospechoso, Buddy Snipe. Una mujer se ofreció a informarme. Quedamos citados en su casa y cuando llegué la habían estrangulado.

La muchacha dio un grito de horror. Jimmy le cogió una mano y se la apretó suavemente.

—Perdone. Soy demasiado duro en mis explicaciones.

Ella se tranquilizó, pero no separó la mano de entre las del detective.

—Continúe.

—Encontré una carta en la que se hablaba de Sam Kelleway y de una tal Moira. Vi a esta pero no saqué nada en claro. Me fui a dormir a un hotel de baja categoría y allí me aporrearón.

—¿Quiénes?

—Los sujetos que intentaron asesinar al amnésico.

—¡Los que dispararon contra el propio Sam Kelleway!

—Aún no hay nada que pruebe sea él.

—¿Por qué se esconde entonces?

—Puede que se haya asustado, puede que aún no haya recuperado la memoria, puede... que sea Sam Kelleway, como usted

dice. Son posibles muchas casas.

Guardaron silencio mientras el mozo dejaba sobre la mesa el primer plato de Ruth y el Martini de Jimmy.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Hay dos personas que nos podrían dar una pista.

Buddy Snipe y Moira Kent. Buddy es difícil de trabajar y lo que pueda decir hay que tomarlo a beneficio de inventario. Teme que éste, asunto le salpique. Es probable que se encuentre metido en todo esto y trate de librarse, silenciando muchas cosas que serían interesantes conocer.

—¿Entonces?

—No tengo donde elegir. Mi objetivo es Moira Kent.

—Y... ¿qué tal está su objetivo?

—No está mal.

En los ojos de la joven brilló una extraña lucecilla. Fue a decir algo pero optó por callar y empezar a comer su plato de langosta, a los trozos del crustáceo bañados en salsa tártara y pensó que, a juzgar por su aspecto, no sería mal bocado.

Resbalaron por la mesa dos minutos.

Jimmy echó una mirada.

Ruth apartó el plato y, después de rozar sus labios con la servilleta, dijo:

—¿Qué le ha dicho el amnésico esta mañana?

Price la miró fijamente y respondió:

—Nada.

—¿Nada? ¿Aún está durmiendo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? ¿No ha ido a verle?

—Desapareció anoche de mi apartamento.

Los labios de la heredera de Cecil Hubert se entreabrieron sorpresivamente.

—¿Desapareció?...

—Eso es.

Ruth frunció la frente.

—Antes de... ¿Antes de que estrangulasen... a esa mujer?

Jimmy afirmó con la cabeza.

—Entonces... —vaciló la hermosa muchacha.

—Entonces, el amnésico PUDO haberla asesinado y yo PUEDO

convertirme en su cómplice.

Ruth se llevó una mano a la frente y movió la cabeza.

—Pero usted... no sé qué decir. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—Perfectamente. No me queda otro recurso que hallar al hombre que asesinó a su tío y a Jane Samson.

—Sí, no le queda otra salida que encontrar a Sam Kelleway. Se tragó usted su historia de la amnesia... valiente detective es usted, ni un chiquillo la hubiera creído.

—¿Quiere que dejemos eso ahora?

—La Policía no lo dejará.

—Está bien, está bien. Ruth. Basta ya. Estamos perdiendo unos minutos preciosos. Quiero que me diga algo más de su tío.

—¿Qué desea conocer?

—Sus andanzas fuera de casa.

—Ya le he dicho que desconocía la mayor parte de su vida. Además era hombre de costumbres morigeradas. Por lo menos en lo que yo podía apreciar.

—¿Alguna mujer?

—Ninguna que yo sepa.

Jimmy encendió otro cigarrillo. Lanzó al espacio una bocanada de humo y dijo:

—¿No tenía chofer?

—Hace un año, aproximadamente, que despidió al último. Tomó mal una curva y volcó el coche. Mi tío estuvo un mes con una pierna escayolada. Juró desde entonces que conduciría él. Era un hombre raro capaz de las más absurdas reacciones.

—¿Cómo se llamaba el chofer?

—Jeff.

—¿Qué más?

—Yo no le conocía por otro nombre.

—Hábleme de él.

—¿Por qué?

—Porque lo buscaré y quizá pueda ayudarnos.

—Era de la misma estatura que usted y moreno. Algunas veces me llevaba a la ciudad. Le gustaba charlar y a mí me resultaba simpático. Decía que ahorraba para, abrir una cervecería en el Bronx.

—¿Cuánto tiempo estuvo con su tío?

—Un par de años, quizá tres.

—¿Sabe si ha abierto esa cervecería?

—Pues no lo sé. Después que se marchó no he vuelto a oír de él... pero, espere... puede que algunos de los criados lo sepa. Se llevaba bien con ellos.

Los ojos de Jimmy refulgieron.

—Apresúrese, Ruth. Vaya a la cabina y telefonee a su casa. Necesito ahora mismo la dirección de Jeff.

La joven se levantó y echó a andar hacia el fondo del local.

El detective aprovechó la oportunidad para hacer una señal al camarero que servía la mesa.

—¿Cuánto debo?

—Nueve dólares.

Jimmy se estremeció. Le faltaba casi un dólar para completar la cuenta. Sacó los ocho dólares y los pocos centavos que tenía sueltos, los puso sobre la mesa y se dedicó a rebuscar en los bolsillos por si encontraba alguna moneda escondida. El camarero, muy estirado, contemplaba la escena como si le hubieran puesto ante la nariz un areneque.

En ese momento llegó Ruth y al primer golpe de vista comprendió lo que pasaba. Cogió su bolso, lo abrió y añadió sobre los billetes depositados tres dólares más.

—Está bien, Tom —dijo al camarero.

—Gracias, *miss Fleming* —replicó Tom recogiendo el difiero. Al alejarse dirigió una mirada de soslayo a Jimmy. Éste se limitó a enseñarle los dientes.

—Le devolveré los tres dólares cuando termine este asunto —dijo él.

Ruth sonrió, metió otra vez la mano en el bolso y la sacó con un fajo de billetes.

—No me los tiene que devolver y acepte estos otros.

—¿Quién se cree que soy? —inquirió Jimmy frunciendo la frente.

—Un detective particular con coraje a quien una clienta contrata para que halle al asesino de su tío. ¿Está bien así?

Price tomó los billetes y los guardó.

—Perfectamente —asintió—. ¿Qué hay de Jeff?

—En el 732 de la calle 97 tiene la cervecería. Uno de los criados va de vez en cuando por allí.

Jimmy fue a levantarse pero la joven lo tomó de un brazo y se lo impidió.

—Espere...

—¿Qué es?

—¿Va a ser prudente? No adelantará nada si se obstina en recibir golpes.

Él sonrió, cogió una de las manos de ella y la apretó.

—Me cuidaré, pequeña, me cuidaré.

Ruth correspondió con otra sonrisa. Y Jimmy se dirigió hacia la salida.

Jimmy sabía perfectamente que el teniente Herman había puesto un sabueso tras su rastro. No le importó que lo siguiese hasta, el restaurante donde se había entrevistado con Ruth Fleming. Pero ahora era llegado el momento de desembarazarse de él. Los próximos pasos que iba a dar debían permanecer en el más riguroso secreto.

Al salir del «Dashielle» se detuvo junto a la puerta y buscó el paquete de cigarrillos. Sus ojos desparramaron una mirada por los alrededores. Sonrió al descubrir al policía que lo custodiaba. Era bastante ingenuo. Posiblemente, un novato. Se hallaba unos diez metros más abajo, apoyada la espalda en la pared. Tenía entre las manos un periódico que con toda evidencia no leía. Era regordete y no pasaba del metro sesenta y cinco de estatura.

Jimmy encendió el cigarrillo de turno y echó a andar. Su «sombra» también se puso en movimiento. Pero fue un juego de niños para Price el despegarse de ella. Le costó treinta y dos minutos, y cuando lo consiguió, juzgó que de habérselo propuesto le hubiera bastado quince. Logrado ello, se encaminó a su objetivo.

La cervecería de Jeff estaba atestada de clientes. Era amplia, con el mostrador a la derecha de la entrada y una puerta que conducía a las habitaciones interiores. La gente se apiñaba ante la barra. Y tras ella cuatro hombres no cesaban de moverse llenando jarras de cerveza y vasos de *whisky*.

Jimmy se colocó en el otro extremo del mostrador, el más cercano a la puerta interior. Metió la mano en el bolsillo y dando un par de empujones logró pasar el brazo por un agujero de tres

centímetros. Apretó con los dedos los billetes que había dejado descansar sobre la superficie marmórea.

Notó que su «llamada» había tenido éxito cuando sintió que tiraban del dinero. Pero no los soltó. Se empinó y vio a un pelirrojo de edad indefinida que le hacía una mueca de complacencia.

—¿*Whisky* del bueno? —preguntó el pelirrojo.

—¡Son suyos si le dice a Jeff que vengo de parte de Ruth Fleming! —gritó Price.

El otro bizqueó un par de veces y asintió con la cabeza. Dio unos pasos hacia la izquierda, tocó en el hombro a un individuo moreno, de unos cuarenta años y le cuchicheó unas palabras al oído. Éste se volvió mirando en la dirección que le indicaba el pelirrojo. Vio la cabeza de Jimmy y optó por quitarse el mandil.

Price dejó que el correo se llevase los billetes y esperó a que Jeff saliese del mostrador.

—¿Qué desea? —preguntó el cervecero, cuando estuvo a su lado.

—Ya sabrá que...

—Sí, me enteré por los periódicos.

—Ruth Fleming me ha contratado para que descubra al asesino de su tío.

—Me parece muy bien.

—Ella me ha indicado que usted fue chofer de *Mr.* Hubert y quisiera que me contestase a unas preguntas.

—Está bien, pero venga. Ahí dentro estaremos mejor.

Jimmy siguió a Jeff. Éste abrió la puerta interior y recorrieron un largo pasillo que los condujo a una habitación reducida. Alrededor de una pequeña mesa había cuatro sillas.

—Siéntese y pregunte cuanto quiera.

Los dos hombres se sentaron.

—Según me ha dicho *miss* Fleming —empezó Price—, su tío era una persona muy reservada. Desconoce lo que hacía, el círculo de sus amistades, sus aficiones... ¿Qué me puede decir de todo ello?

—Poco puedo ayudarle. El noventa por ciento de las carreras que realicé con su coche, las hice yendo de su casa a la oficina y de la oficina a su casa. Y jamás viajó otra persona con nosotros.

—¿Y ese diez por ciento?

—*Miss* Fleming me utilizó a veces para que le llevase de

compras.

—¿Y Cecil Hubert?

—En cierta, ocasión, hace catorce o quince meses, fuimos a la casa que tiene en la montaña.

—Hábleme de ella.

—Pues no tiene nada de particular. El lugar en que está enclavada es otra cosa. Allí se respira aire del caro. Muchos árboles y abundante nieve en el invierno. Es el Monte Negro de los Addirondacks. La choza de Hubert se hallaba a cinco kilómetros de Pine Point. Ya le he dicho que sólo fuimos una vez.

—¿Para qué?

—El doctor Whitney le recomendó que descansase. Algo de tensión y no sé qué otra cosa. Pero sólo soportó aquella soledad una semana.

Jeff quedó en silencio mirando al detective. Éste carraspeó y dijo:

—¿Oyó alguna vez hablar de Sam Kelleway?

—¿Sam... Kelleway...? No, creo que no. ¿Tiene algo que ver con Hubert?

—Puede ser su asesino.

El cervecero pasó una mano por su barbilla como intentando recordar. La mirada de Jimmy se apartó un instante del rostro que tenía enfrente y resbaló por la pared. De pronto, quedó detenida en un objeto. Era una foto con un marco que pendía de un clavo. Una foto de Moira Kent mostrando unas bellas piernas y una confortadora sonrisa.

—Pues no —terminó por decir Jeff—. No conozco a ningún Sam Kelleway.

—Condenado embustero... —dijo Jimmy arrastrando las palabras.

El cervecero se incorporó y disparó su puño derecho contra la cara del detective. Pero éste esquivó el ataque y al perderse el golpe en el vacío, Jeff cayó hacia adelante. Jimmy lo sujetó poniéndole una mano en el pecho y con la otra le aplastó las narices. El otro dio un aullido y fue a estrellarse contra la pared. Él y el retrato de Moira cayeron al suelo.

Price sacó su automática y acarició las cachas de marfil.

—¿Va a hablar o prefiere que lo anime un poquito?

Jeff hizo un gesto de amargura y se tocó la nariz. Quedó tranquilo cuando vio que no arrojaba sangre.

—No tengo nada que ver con Sam Kelleway —dijo.

—¿Y Sam con Cecil Hubert?

—Hubert le prestó dinero para una inversión.

—¿De qué clase?

—Unos estudios artísticos.

—¿Una casa de fotografías, quizá?

—Sí.

Jeff se levantó con el retrato de Moira en la mano. Jimmy se lo quitó.

—Esta foto estará hecha en esos estudios, ¿verdad?

—No.

—No piense que le voy a arrancar todas las respuestas, Jeff. Mi tiempo es muy precioso. Cuénteme la parte que le toca a usted en esta comedia y rápido, antes de que me ponga nervioso.

El cervecero pasó las palmas de las manos por el pantalón a la altura de los muslos.

—Está bien. Yo no he hecho nada malo. Cuando trabajaba con Hubert entablé amistad con un hombre que me hizo ver las enormes posibilidades que había de ganar dinero organizando unos estudios fotográficos con una buena red de agentes. Ya se pueda figurar, fotografía de mujeres guapas en bañador o con una indumentaria parecida. Ese hombre era Sam Kelleway. Se dirigió a mí con la pretensión de que le preparase una entrevista con Cecil Hubert. Me prometió un veinte por ciento de beneficios si conseguía el capital para montar los estudios y organizar la distribución. Acepté la proposición y lo hice pasar por primo mío. Hubert se mostró conforme porque yo era socio en la empresa y dijo que de alguna forma quería premiar mis servicios. Nos hizo un préstamo con la condición de devolverlo en un plazo de cinco años. Ciento cincuenta mil dólares. Kelleway trabajó en grande y a los dos meses estaban funcionando los estudios. Todo iba como una seda. En junio del año pasado, Kelleway me dio mil dólares a cuenta de beneficios. Al mes siguientes mil quinientos. Yo estaba encantado y continuaba como chofer de Hubert por gratitud, ya que mi participación en la sociedad me permitía la vida de un burgués. Pero aquello era demasiado fácil. Un día de agosto, Hubert me llamó a su despacho

cuando fue a recogerlo para llevarlo a casa. Al ver su rostro imaginé que pasaba algo raro. Efectivamente, me soltó que lo habíamos engañado y que iba a dar parte a la Policía. Yo me quedé sorprendido y dije que nada sabía sobre el particular. Lo cual era cierto. Supuso que yo le decía la verdad y me contestó que los estudios artísticos no eran más que un camuflaje del verdadero negocio de Sam Kelleway.

—Trata de blancas —dijo Jimmy Price.

—¿Cómo lo sabe?

—Intuición. Continúe.

—Así es. Toda la organización que había montado Kelleway no tenía otro objeto que la de surtir de mujeres a una red de clientes que trabajaban en América Central y América del Sur. Para conseguir la «materia prima» se hallaba asociado con una hembra ambiciosa y sin escrúpulos, Moira Kent. Ella tiene varios *Ballets* que llevan su nombre en las más importantes ciudades del país. Contrata a jóvenes de bonita figura, las engatusa haciéndoselo creer... y luego... ya sabe cuál es el final. Eso era todo lo que había descubierto Hubert. A pesar de sus pocos remilgos para hacer dinero, él jamás había recurrido a esos negocios sucios y por ello se le revolvía el estómago y estaba dispuesto a denunciarnos a la Policía. Lo detuvo el hecho de que yo estaba por medio y había sido engañado como él.

—¿Y quiere que yo también me lo crea? —preguntó Jimmy con sorna.

—Tiene que creérselo porque es verdad. Visité los estudios un par de veces y las cosas estaban en orden. Claro que, precisamente, los estudios jugaban un papel importante en el negocio y, por tanto, las fotografías de propaganda. Era fácil mantener el engaño.

—¿Y qué me dice de esta foto? —inquirió el detective, señalando el retrato de Moira que tenía en la mano.

—Me la presentó Sam una tarde en su casa. Se mostró muy simpática y me regaló ese retrato días más tarde. Pertenece a la época en que triunfaba en Broadway, antes del accidente que le dejó marcada una pierna.

—¿Y qué pasó después de enterarse de todo Cecil?

—Me dijo que me mantuviera al margen y que era necesario dejase su servicio. Hubert cayó de caballo cuando montaba y se

fracturó una pierna. Ello sirvió de pretexto para simular un vuelco del automóvil. Antes de despedirnos me indicó que no advirtiese de nada a Sam. Que dejase el asunto en sus manos y que ya lo arreglaría. Yo seguí percibiendo beneficios, pero se los mandaba a Hubert. Tomé en traspaso esta cervecería y aquí estoy. Desde que me despidió Hubert sólo he visto a Sam en cuatro o cinco ocasiones, y ha sido porque él ha venido a visitarme.

Jimmy dio unos pasos por la habitación.

—Jeff, no sé si me miente. Si lo hace, peor para usted. Es absurdo que haya transcurrido casi un año desde que Hubert se enteró de todo hasta que ha estallado la bomba. ¿No le parece?

—Puede que no haya dado con la solución de hundir a Kelleway hasta hace unos días. Él sabía que si caía Sam, caía yo también, y eso es, vuelvo a repetir, lo que lo ha detenido. De esa forma el asesinato aparece explicado. Cecil decide poner las cartas boca arriba, cita a Sam en su despacho, y éste, después de verse descubierto, y ante la perspectiva de pasar el resto de su vida entre rejas, lo mata y luego huye.

—Huye —repitió Jimmy—. Pero... ¿a dónde? La Policía anda detrás de él, habrá removido Nueva York, sus señas personales están en poder de los coches que recorren las carreteras, vigilan las estaciones de autobuses, los aeropuertos... y Sam Kelleway se ha esfumado, si señor se ha esfu...

De pronto Jimmy dejó sin acabar la palabra. Sus ojos brillaron mientras su mente trabajaba a toda marcha. Jeff le contempló con curiosidad.

—¿Se le ocurre algo? —preguntó el cervecero.

—Es posible, Jeff, es posible...

Jimmy dejó la fotografía sobre la mesa y guardó la pistola.

—Gracias por sus informes, Jeff.

—¿Se marcha? Le invito a un *whisky*.

—Otro día, amigo. Ahora tengo que trabajar.

Price hizo un saludo con la mano y salió de la habitación.

Se volvió cuando se encontraba en la mitad del pasillo. Jeff estaba en el umbral de la puerta.

—¿Qué papel desempeña Buddy Snipe en esta danza? —inquirió.

El cervecero frunció la frente.

—¿Buddy Snipe? En mi vida he oído hablar de él, y esta vez le juro que es verdad.

—Y tampoco habrá conocido a Jane Samson...

—¿Esa chica del *cabaret* que estrangularon ayer?

—Sí.

Jeff movió la cabeza negativamente.

—No, no la conocía. Y crea que siento no poder ayudarle más.

—Bien, no se preocupe.

Jimmy siguió andando hacia la salida.

Una vez en La calle tomó la dirección de la Séptima. Diez minutos después de haber dejado a Jeff entró en una farmacia y se introdujo en la cabina telefónica. Marcó el número de la Agencia de Detectives de George Baxter.

—¿Quién es? —chilló la voz del propio Baxter al otro lado del hilo.

—El que le espanta las moscas.

—Jimmy... ¡Esto es el final!

—Hable pero no dramatice.

—La Policía no me deja en paz. El teniente Herman de la Brigada de Homicidios...

—Buen amigo mío.

—Ha estado aquí dos veces. Parecía enfurecido contigo. Dice que cuando te eche La mano encima te va a poner a la sombra para el resto de tus días... Será mejor que te entregues, Jimmy, nos ahorraremos los dos, complicaciones.

—Eso voy a hacer, Baxter. Me voy a entregar.

—Buen chico. Jimmy. ¡Ah, se me olvidaba! Antes de venir el teniente, telefoneó tu tía Ágata de, de Pe, pe... ¿me entiendes?... Pe... pe...

—Pe... pero... ya lo creo que lo entiendo. ¿Y qué dijo?

—Que era una lástima que no fueses por allí. Hay unos paisajes montañosos muy bonitos y su choza es de lo más...

De pronto, la voz de Baxter se cortó y Jimmy golpeó un par de veces con la palma de la mano el conmutador intentando restablecer la comunicación. Pero fue inútil.

Afortunadamente, Baxter había dado su mensaje, a pesar de que la policía tenía el teléfono controlado.

Salió de la farmacia y con paso ligero se dirigió a una parada de

taxi. Se introdujo en el interior del primero que encontró. El conductor, un hombre de unos cuarenta años, volvió la cabeza al oír cerrarse la portezuela.

—¿Cuál es nuestro destino? —preguntó.

—¿Conoce Pine Point, en los Addirondacks? —inquirió a su vez el detective.

—No he estado nunca, pero conozco la carretera...

—Dicen que es un lugar muy interesante. Buenos paisajes, magnífica temperatura, bonitas chicas... ¿qué le parece si nos largamos allá para echarle un vistazo?

El chofer chasqueó la lengua.

—No le digo que no porque he tenido un mal día. Pero tendrá que pagar una prima de veinticinco dólares por adelantado para sufragar la multa del sindicato. Tenía que retirarme a las tres.

Jimmy sacó el fajo de billetes que le diera Ruth Fleming, separó los veinticinco y los entregó al conductor.

—De acuerdo. Adelante hacia Pine Point.

El coche partió y poco a poco fue aumentando la velocidad. Price consultó su reloj. Marcaba las dos y veinte minutos. Empezó a hacer un repaso de cuanto le había acontecido desde que se tropezó con el amnésico. Fumaba un cigarrillo tras otro mientras su cerebro iba despejando la maraña de ideas. A las tres y media de la tarde el taxi corría por una magnífica autopista, y Jimmy había dejado de pensar en el caso. Se ocupaba ahora de observar la verde campiña por la que atravesaban. Y en su rostro había una leve sonrisa irónica.

CAPÍTULO VI

Pine Point se componía de una sola calle. Esta calle estaba formada por la debida alineación de tres docenas de casas que albergaban poco más de un centenar de habitantes. Tenía un almacén de comestibles y de ropas, una barbería, un aserradero mecánico, un café-bar

y tres hoteles que se abarrotaban de público durante el verano.

El pueblo estaba situado en la ladera de una montaña, en la que crecían gigantescos pinos.

Jimmy Price, que había salido del coche para estirar las piernas, tuvo que convenir que el millonario Cecil Hubert había sabido elegir un lugar para tonificar los pulmones, lejos de la atmósfera enrarecida de la gran urbe. Respiró profundamente el aire impregnado del aroma suave del monte y se golpeó con satisfacción el pecho. Había dado orden al conductor del taxi que se detuviese a la entrada del pueblo. El sol estaba a punto de esconderse tras las montañas de enfrente y quiso ver el maravilloso panorama. El cielo estaba teñido de rojo y morado, como si un caprichoso niño hubiese volcado un par de botes de pintura sobre el infinito. Los ramalazos de bermellón parecían gotear sobre las crestas de las montañas igual que si una mano homicida hubiera abierto con un puñal el vientre del firmamento.

Jimmy sacó un cigarrillo más del paquete y lo encendió, sin dejar de observar la agonía esplendorosa del sol.

—Muy hermoso, ¿verdad? —dijo una voz a su espalda.

Se volvió, encontrándose con un hombre de pelo blanco que estaría muy cerca de los sesenta años. Sus ojos de color verde aún eran brillantes. Vestía pantalones de pana embutidos en unas largas botas, y una cazadora de cuero. Sostenía en su mano izquierda un estropeado sombrero Stetson.

—Sí, muy hermoso —asintió Jimmy.

—Y no se dan cuenta de que esto existe hasta que se les ocurre darse una vuelta por estos montes.

—Así es. Sólo lo vemos cuando la necesidad nos hace salir de la ciudad...

El hombre de Pine Point sonrió mientras se rascaba el cogote.

—Sólo se acuerdan de esto cuando tienen una compañera, para saborear las vistas... —Bajó la voz y añadió—: Ella hace rato que lo está esperando...

Jimmy quedó unos segundos perplejo, pero pudo dominarse a tiempo para que el otro no se diera cuenta que ignoraba de qué le estaba hablando.

—¡Caramba, pues es verdad! Se me había ido el santo al cielo... ¿Me acompaña?, es la primera vez que visito Pine Point...

—Con mucho gusto, hijo —replicó echando a andar el anciano.

Jimmy hizo una señal con la mano al conductor para que los siguiese con el taxi.

Los dos hombres subieron por una escalera de piedra que conducía a la acera derecha de la calle.

—¿Y lleva muchas horas esperándome? —inquirió con voz indiferente Price.

—No. Solamente treinta minutos. La encontré en el vestíbulo del Hotel Nacional. Me dirigí a ella porque la encontré un poco nerviosa y creí que quizá necesitase de mi ayuda. Es mi deber atender a todos cuantos pasen por Pine Point.

—¿Sí? —preguntó interesado el detective.

—Sí, soy el *sheriff* de la localidad. Veinticinco años en el cargo, pero ya me queda poco, hijo. Me jubilo el año próximo.

Jimmy dejó resbalar su mirada por la indumentaria del *sheriff*.

—Le extrañará que no lleve pistola, ¿verdad?

—No es natural en un *sheriff*.

—Aquí no se necesita. Nadie en Pine Point puede afirmar que Roger Tunney ha sido visto con una pistola en la mano. Y me jubilaré sin haberla tocado.

—Eso es buena señal. Un lugar apacible y tranquilo. Un verdadero paraíso.

—Sí, señor, lo es. El único disparo que se ha hecho en Pine Point contra un hombre en los últimos veinticinco años, se debe a que

Buck Norman, el del almacén, se le disparó su «Colt» mientras lo limpiaba. La bala tropezó con él negro que tenía de dependiente y le partió una pierna. Un verdadero caso circunstancial. Bueno, ahí tiene el Hotel Nacional. Lo dejó en buen sitio.

Roger Tunney tendió a Jimmy una mano de dedos largos y huesudos.

—Gracias, *sheriff*. Hago votos porque Pine Point conserve su tranquilidad durante veinticinco años más.

—La conservará, hijo. Mi sobrino Red me sucederá en el cargo y no hay otro como él en todo el Este. Adiós, puede que luego nos veamos.

Jimmy asintió con la cabeza y dejó que el *sheriff* se alejase de su lado. Miró la calzada y vio al taxi. Se acercó al conductor.

—Aparque en cualquier sitio y espéreme en aquel bar de la esquina.

—¿Quiere decir que vamos a estar mucho tiempo en este pueblo?

—Estoy yo más interesado que usted en salir de aquí cuanto antes. Pero es posible que no podamos marcharnos antes de dos horas. Haga lo que le digo y tenga un poco de paciencia.

Jimmy se apartó del taxi, dirigiéndose hacia el Hotel Nacional.

El *hall* era bastante grande, tenía el registro a la derecha y la escalera que conducía a las habitaciones superiores, a la izquierda. Al fondo, tras una cristalera, se encontraba el comedor.

Un hombre de unos cincuenta años que se mecía en una butaca mientras leía un periódico, levantó la vista al oír los pasos de Jimmy. Éste se detuvo y dijo.

—Buenas tardes. Tunney me ha dicho que la señorita ya llegó.

—¿Y el otro? —inquirió el hotelero, con el ceño fruncido—. Ella me advirtió que vendrían dos.

—Tiene un fuerte dolor de cabeza y se ha quedado en el coche. Tunney se ha quedado con él charlando.

—Tunney, ¿eh? Tengo ganas de que retiren a ese entrometido. Aunque no mejoraremos, si es cierto que le sucederá el fanfarrón de su sobrino... Está bien, suba a la habitación dieciocho...

Jimmy hizo una inclinación con la cabeza y se encaminó hacia la escalera. Tenía el pie en el primer peldaño cuando oyó la voz del hombre que había quedado a su espalda.

—Yo de usted, no dejaría que su amiguita bebiese más *whisky*...

—Gracias. Lo intentaré yo también.

Cuando estuvo arriba extrajo la pistola de la sobaquera y la introdujo en el bolsillo derecho de su americana. Llamó suavemente con los nudillos en la puerta marcada con el número dieciocho. Llegó a sus oídos el ruido de los pasos de alguien que se acercaba para abrir.

La puerta chirrió y en el hueco de cinco centímetros que se produjo, vio el rostro de Moira Kent. La bella mujer pareció sorprendida, pero cuando fue a reaccionar, Jimmy empujó con el hombro la puerta y se introdujo en el interior. Moira retrocedió unos pasos, hasta tropezar con un diván forrado con una tela de vivos colores, perdió el equilibrio y cayó sentada. La falda de su traje sastre se encogió un poco más arriba de las rodillas, mostrando unas bonitas piernas.

Price sintió cosquillas en la garganta mientras cerraba la puerta con suavidad. Anduvo unos pasos hacia la mujer y dijo:

—Encantado de volverla a ver, señorita Kent...

—No puedo decir lo mismo —replicó la exbailarina con acritud.

—Lo creo. Pero no he venido a Pine Point a discutir sus gustos.

—Usted no ha venido a discutir nada, polizonte.

Jimmy sonrió.

—Una hembra brava, ¿eh?... yo la ablandaré...

Moira dirigió al detective una mirada retadora e introdujo la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta. Jimmy, rápidamente, extrajo la pistola.

—Yo en su lugar...

Pero no terminó la frase al ver que Moira lo que sacaba del bolsillo era un paquete de cigarrillos. Se puso uno en los labios.

—¿Me da fuego?

—¿Cómo no? —murmuró Jimmy, guardando la automática.

Se acercó a Moira y encendió una cerilla de la caja del amnésico. La joven inhaló profundamente y arrojó una nubecilla de humo hacia el rostro del detective.

—Es usted duro... ¿eh, Doménico? —dijo con una media sonrisa.

—No sabe cuánto echo de menos la paliza diaria. Hoy no es mi día. Aun no la he recibido.

—Mantenga la esperanza. Tiene muchas probabilidades de

conseguirla.

—Su pareja de buitres no me volverán a tocarme un cabello. Ya estoy deseando que aparezcan.

—Pues aquí nos tienes, Carlos —dijo una voz a su espalda.

Jimmy ni siquiera volvió la cabeza. Permaneció con la mirada fija en el rostro de Moira. Sintió que le aplicaban el cañón de una pistola en un riñón, mientras se apoderaban de su automática.

La mujer se incorporó lentamente, imprimiendo a su cuerpo ondulaciones de coquetería.

—Para ser un detective he de confesar que es usted demasiado ingenuo —dijo.

La pareja de pistoleros se movieron colocándose junto a la dama. El regordete continuaba comiendo almendras y Orson apuntaba con su arma el pecho del detective.

—Bueno, Moira ya está maduro. A este hay que pasaportarlo —murmuró Orson.

—¿Tienes algo que decir? —inquirió la mujer.

—Creo que sí —replicó Jimmy perfectamente sereno—. Sé lo bastante de este asunto para aconsejarles no pierdan la cabeza.

—¿De veras? —preguntó otra vez Moira con sorna.

—No es más que un fanfarrón —dijo Orson, haciendo una mueca de cansancio—. Éste es un lugar bueno para que lo entierren.

—Cállate —ordenó Moira—. Quizá pueda decir algo que nos interese. Ponga su disco pero procure que sea convincente. Y abrevie.

Jimmy asintió con la cabeza.

—Son pocas palabras. Yo también tengo prisa.

Se acercó a una mesita sobre la que había un vaso con un par de dedos de *whisky*, del que había estado bebiendo Moira. Tomó el vaso y lo levantó mirando a la mujer.

—A su salud —dijo, y luego apuró el contenido.

—¡Al grano o te atizo! —exclamó Orson, comenzando a perder la paciencia.

Jimmy dejó el vaso y carraspeó antes de empezar a hablar.

—Bien, amigos. Mi opinión sobre todo esto es que parece que ustedes se obstinan en no ver un palmo más allá de sus narices. Conozco a la perfección el negocio que traían con Sam Kelleway. Todo marchaba sobre ruedas hasta que Cecil Hubert se enteró de

que el dinero que había prestado a Sam y Jeff estaba siendo empleado para financiar un negocio sucio e inmoral. Cecil no puso en conocimiento de la policía lo que había descubierto porque se dio cuenta de que Jeff era inocente. Tuvo que esperar algún tiempo hasta poder conseguir que la culpabilidad del delito recayese solamente en Kelleway. Cuando lo tuvo todo preparado cometió el error de describir su juego al bandido de Sam. Se presentó éste en su casa, sostuvieron una reyerta mientras ustedes dos —Jimmy señaló a Orson y al regordete—, esperaban fuera. Sam intentó asesinar a Cecil y éste se defendió. El resultado de la pelea fue que SAM KELLEWAY encontró la muerte. Al transcurrir el tiempo ustedes penetraron en la casa y hallaron el cadáver de su jefe y a Cecil en estado semiinconsciente de resultas de haber recibido un golpe en la cabeza. Se quedaron tan sorprendidos que no supieron «rematar» la faena. Como dos muchachos que en su vida hubieran roto un plato. Reaccionaron llamando por teléfono a Moira indicándole lo ocurrido. ¿Voy mal? —inquirió Jimmy, sonriente.

Los dos pistoleros escuchaban embobados y la joven, que continuaba fumando, seguía la relación del detective con las pupilas brillantes.

—Continúe, me ha logrado emocionar con ese cuento —dijo Moira, con sarcasmo.

—Usted, Moira, pensó rápido y bien. El negocio había producido buenas cantidades y usted se encontraba a salvo. ¿Por qué ensuciarse las manos liquidando a Cecil? Es un mal asunto quitar de en medio a un millonario de Wall Street. Usted supuso que, probablemente, muerto Sam, allí quedaba terminado el caso de los estudios artísticos, y que Cecil Hubert no removería más el cieno sobre todo si se le demostraba que no gustaría mucho tal cosa a ciertas personas. Ordenó a este par de angelitos que desvalijaran a Sam de todo lo que llevaba encima, por si acaso había algo comprometededor, y que sacasen de la casa a Cecil Hubert y le diesen un susto para que se comiese la lengua. Pero la casualidad vino a estropear sus planes. El rostro de Sam había quedado irreconocible y al ser encontrado en el despacho de Hubert se le identificó como que era el millonario. Orson y el gordito no se dieron cuenta de que Hubert había perdido momentáneamente la memoria. Dispararon un par de tiros al aire, cuando yo estaba cerca del lugar elegido, y

se largaron en el automóvil. La policía y yo continuamos en el error. Yo entré en escena, y me llevé a Cecil a mi apartamento donde lo dejé. Mientras estaba haciendo el oso, él recobró la memoria y desapareció sin dejar rastro.

—¿Terminó ya? —preguntó Orson en tono amenazador.

Moira dejó la colilla del cigarrillo en un cenicero. El regordete mantenía la boca abierta, mientras sus dedos apretaban con insistencia una almendra.

—Todavía queda algo —repuso Jimmy.

—Por nada del mundo me perdería el final —dijo Moira.

—Naturalmente que lo tendrá, guapa. Es referente a Buddy Snipe. Buddy era el tercer socio de la compañía. Usted, Sam y Buddy eran los que se repartían el bocado más grande. Y a Jeff le daban pequeñas cantidades para que siguiera creyendo la fábula de los estudios artísticos. Snipe era el distribuidor del género o por lo menos el que salvaguardaba con sus pistoleros el éxito del negocio. ¿Está bien así?

—Se cree muy listo... ¿verdad? —inquirió la mujer...

—No creo que sea del todo torpe.

—En ese caso sabrá también la razón por la que estamos en Pine Point.

Jimmy guardó silencio durante unos segundos. El gordito se decidió a arrojar en sus fauces la almendra. Sólo se oyó el crujir de sus dientes.

Por fin, el detective habló:

—Buddy Snipe los ha citado a ustedes aquí para proceder a la liquidación del negocio, para hacer el último reparto.

—¿Y por qué precisamente aquí? —volvió a preguntar Moira.

Price sabía la respuesta, pero deseaba que la joven contestase por él. Levantó los hombros en un gesto indiferente.

—Porque ha querido que desaparezca el último obstáculo que se interpone en nuestro camino. En este momento Cecil Hubert estará muriendo DEFINITIVAMENTE.

—¿Se han vuelto locos? —chilló con los ojos abiertos Jimmy.

—¿Qué le ocurre? —interrogó Moira.

—Han caído en la trampa. Buddy Snipe ha pasado ya por aquí en dirección a la cabaña de Hubert, ¿no es verdad?...

—Sí.

—Pues no lo esperen jamás. Pasé por su club antes de venir hacia acá. Estaban llevando su equipo al aeropuerto. Uno de sus hombres me dijo que Buddy se marchaba a Europa esta misma madrugada. ¿No lo ven claro? Es su última y gran jugada. Seguro que han quedado en repartir después de haber liquidado a Hubert, ¿no es eso?

—Así es.

—Pues se largará de Pine Point sin pasar a recogerlos, ni decirles adiós. Junto a la choza de Hubert hay una carretera que conduce al sudeste de Nueva York. Han resultado ustedes unos buenos parvulitos. ¿Qué están esperando para salir tras ellos?

—Es cierto. Moira —intervino Orson con voz rabiosa—. Ya te dije qué no nos fiásemos de ese escorpión de Snipe. Nos la quiere dar con queso...

—Cállate. Puede ser una trampa de este polizonte...

—¿Trampa? —dijo Jimmy—. Estoy a merced de ustedes. En cualquier momento me pueden liquidar si les engaño...

—Eso es verdad, Moira. Este tipo sabe que se la está jugando. No nos puede engañar. Y si lo hace, peor para él. ¿Cuánto tiempo hace que se fue Snipe?

La mujer dio unos pasos por la habitación, con la cabeza baja, en actitud pensativa.

—Hace más de media hora que se marcharon —dijo como si hablase consigo misma— Buddy, Scott y Marco... y la choza está a cinco kilómetros de Pine Point —levantó la cabeza y miró fijamente a Jimmy—. Me voy a arriesgar a que haya usted acertado... No intente hablar con nadie y pórtese bien. Orson disparará contra usted si hace el menor gesto que nos desagrada. ¡Vamos!

El coche que estaba a la puerta del hotel era el «Dodge» que Jimmy conocía. Antes de subir dirigió la mirada hacia el bar donde debía estar el taxista. Pero no fue por mucho tiempo, porque Orson le dio un empujón hacia el interior del automóvil.

La carretera era empinada y con peligrosas curvas. Tardaron nueve minutos en llegar al lugar donde se levantaba una cabaña construida con troncos de pinos. Exteriormente era bastante grande y estaba rodeada por una empalizada.

El gordito apartó el coche de la carretera y lo acercó al comienzo de un camino de grava que conducía a la puerta de la

choza. Había un par de automóviles estacionados. Solamente se oían lo trinos de los pájaros. Estaba oscureciendo y se veían las luces interiores de la cabaña.

Bajaron del «Dodge» y echaron a andar por el camino. Jimmy y Moira iban entre los dos pistoleros que empuñaban sendas pistolas.

—Mira por esa ventana, Orson —ordenó la mujer.

El pistolero alto se acercó a la ventana indicada por la hermosa joven, mientras los otros tres quedaron detenidos a la expectativa. Orson se arrimó a la pared y, con la pistola siempre a punto de disparar, echó una ojeada al interior de la cabaña, cuidando de no ser visto. Cuando volvió junto a sus acompañantes exclamó jocosamente:

—Es para morir de risa. Ahí dentro hay una mujer que con una automática mantiene a raya a Buddy, Scott y Marco. En mi vida lo hubiera creído. ¿Qué te parece que hagamos?

—¿Una mujer? —inquirió Moira, sorprendida.

—La sobrina de Hubert.

Jimmy dio un respingo y a continuación sintió que se le aflojaban las piernas.

La exbailarina reflexionó unos segundos. Luego, dijo:

—Bien, muchachos. Probablemente este polizonte tenía razón. Pensaban largarse con el dinero y dejarnos a dos velas. Vamos a aprovechar la ocasión y hacer lo que ellos. Tres a repartir es mejor que seis.

Los dos cuervos mostraron su complacencia con el brillo de sus ojos y él asentimiento de sus cabezas.

Jimmy cogió el brazo de Moira.

—¿Qué quiere?... ¿Entrar también en el reparto, Doménico?

—Deseo que no le haga daño a esa mujer. Deje que los preceda. Yo la desarmaré. Si ven que intento algo disparen...

—Un detective romántico... qué tierno es usted... De acuerdo. Recuerde que se la está jugando...

Jimmy se puso a la cabeza de la expedición. Llevó hasta la puerta de la cabaña y dio unos golpes suaves.

—¡Adelante! —exclamó una voz femenina.

Jimmy abrió, y contempló la escena que se ofrecía ante sus ojos.

Ruth Fleming ante el hogar donde crepitaban unos cuantos leños esgrimía una automática, como había dicho Orson. Con ella

apuntaba a Buddy Snipe y a sus compinches que tenían las manos en alto.

—¡Jimmy...! —exclamó la joven al ver al detective, pero a continuación quedó cortada.

Jimmy se dirigió rápidamente hacia ella seguido por Moira, Orson y el gordito que habían cerrado la puerta. Jimmy cogió la pistola de Ruth y ante el asombro de la muchacha la arrojó sobre un sillón.

—¡Buen trabajo, compañeros! —dijo Snipe, sonriendo y comenzando a bajar los brazos como el rubio Scott y Marco.

—¡Quieto, Buddy!, y vosotros también, carroña... —ordenó Moira.

Orson y el otro dejaron ver sus dentaduras en una ancha sonrisa.

—Pe... Pero ¿qué es esto? —preguntó balbuceando Buddy.

—¿Dónde tienes el dinero? —dijo Moira.

—¿El... dinero? ¿Te has vuelto loca, Moira?

Orson se acercó a Snipe y, antes de que éste se diese cuenta, le propinó un culatazo en la mandíbula. El dueño de «Cielo Estrellado» retrocedió, dando un traspié hasta chocar contra la pared de troncos.

—¿Lo has oído, imbécil? —gritó Orson—. ¡El dinero! ¡Qué sueltes la pasta!

Buddy, con ojos rabiosos pasó una mano por su boca limpiando la sangre que manaba.

—Está en el coche, en un maletín, en el asiento posterior. Pero os juro que me la pagaréis... Aunque estuvierais en el infierno allí iré a buscaros...

—Usted no buscará a nadie, Snipe —intervino Jimmy—. Será ajusticiado por el asesinato de Jane Samson...

—Exacto, polizonte —dijo Moira—. La estranguló porque Jane se había cansado de soportar a tipos como él y Sam.

A continuación fue hasta el sillón donde descansaba la automática de Ruth, la cogió y se la alargó a Jimmy.

—Tome, le entrego a su hombre.

—Está bien, Moira —dijo con voz grave Price—. No utilizaré la pistola contra ustedes, pero no irán tampoco muy lejos. También serán detenidos y tendrán que responder por el asunto de la trata de blancas.

—No me haga reír —replicó la mujer—. Pruebe a encontrarnos. Vamos, muchachos. Esto se acabó.

El detective mantenía la pistola apuntando a Buddy y sus secuaces, al tiempo que Moira, Orson y el gordito retrocedían hacia la salida de la cabaña.

De pronto, la puerta se abrió con estruendo, y el *sheriff* Roger Tunney se coló en la habitación.

—¿Qué diablos pasa aquí? —gritó.

Y lo que pasó fue que Buddy Snipe, Scott y Marco, con velocidad meteórica, sacaron a relucir las pistolas de sus sobaqueras. Todo transcurrió en menos de diez segundos. El primer disparo lo hizo Orson y Marco dio un aullido y se desplomó en el suelo. Jimmy cogió del brazo a Ruth y se dejó caer en el piso arrastrándola consigo. El rubio Scott se agachó e hizo salir del caño de su arma un chorro de fuego. El gordito soltó una exclamación, se arrugó, pero aún tuvo tiempo de enviarle la contestación a Scott. En la frente de éste apareció un agujerito del tamaño de una moneda de cinco centavos, sus ojos se tornaron vidriosos y se derrumbó hacia adelante. El gordito abrió la boca, escupió la almendra que un instante antes se había introducido y cayó abatido.

El pacífico Roger Tunney que se hallaba entre los dos frentes gritó:

—¡Dios mío! —Y se arrojó al suelo tapándose los oídos con los dedos.

Buddy Snipe acribilló a Orson cuando éste, una vez liquidado Marco, pretendía, hacer lo mismo con él. El alto pistolero se contrajo con una mueca de dolor al sentirse el estómago relleno de plomo, miró a Buddy, dijo: ¡cerdo!, y se tumbó junto al *sheriff*, quedando inmóvil. Luego, Snipe disparó sobre la desarmada Moira en el momento en que ésta, de espaldas, iba a salir de la cabaña. La mujer se detuvo como si estuviera bajo el efecto de una corriente eléctrica y apoyó el brazo derecho en el quicio.

Buddy, con una sonrisa sádica en los labios fue a rematar a Moira cuando Jimmy se decidió a entrar en acción. Apretó el gatillo de la automática, y Buddy dejó de sonreír. Giró la cabeza hacia donde estaba el detective llevándose una mano al pecho mientras abría la otra dejando caer la pistola. Dio unos pasos vacilantes y al final sus piernas le traicionaron y cayó sobre el piso.

Cesaron los tiros y en aquel momento irrumpió en la cabaña el teniente Herman de la Brigada de Homicidios, seguido por Rody, y un par de policías. Saltando sobre los cuerpos caídos se dirigió hasta el lugar donde se encontraba Jimmy y le puso una mano en el hombro.

—¡Jimmy! —gritó—. No sé a quién habrá matado usted ahora... pero en nombre del Fiscal del Estado de Nueva York le detengo por el asesinato de Cecil Hubert y de Jane Samson.

—¿Dónde está tu tío? —preguntó Jimmy con voz indiferente a Ruth.

La joven sonrió y dijo:

—Me telefoneó cuando llegué a casa después de haber hablado con usted en el «Dashielle». Me contó lo que le había sucedido y que estando en su apartamento recuperó la memoria. El ataque de amnesia le ha servido para mucho. Está arrepentido de todo el mal que ha causado en su vida. Decidió dar una oportunidad a Sam Kelleway para que se entregase a la policía y este después de conversar con él intentó asesinarle. Ya saben cuál fue el resultado de la pelea. Por los periódicos se enteró de que lo daban por muerto y como estaba asustado se vino aquí, hasta que acordó llamarnos a usted y a mí.

El teniente Herman escuchaba embobado.

—¿Y dónde está ahora? —gritó, soltando un gallo.

—Fue a hacer una visita a un amigo que tiene otra cabaña unos kilómetros más arriba. Ésa es la nota que dejó por si llegábamos alguno estando él fuera. Y eso es lo que le ha librado de la muerte. Porque cuando yo entré lo estaban esperando esos señores —dijo Ruth señalando el lugar donde se hallaban tendidos los cuerpos de Buddy Snipe y sus dos secuaces—. No tardará en volver.

El policía Rody echó una ojeada a su alrededor y luego exclamó:

—Así que... ahora ya está todo claro, ¿no es verdad, teniente?

Herman hizo una mueca y miró a Jimmy.

—Eso parece. Sea usted policía para eso. Para que un entrometido detective particular le quite el bocado de la boca y se lo meriende solo.

Ruth Fleming sonrió y se colgó del brazo de Price.

—¿Le parece mal, teniente? —inquirió.

El *sheriff* Tunney avanzó hacia el grupo.

—¿Qué ha dicho que es este señor, teniente? —preguntó, mirando a Herman al tiempo que apuntaba con el dedo hacia Jimmy.

—Empresario de Pompas Fúnebres —contestó el propio detective.

En aquel momento se oyó crujir la grava del camino. Alguien se aproximaba corriendo. George Baxter entró como un ciclón en la cabaña esgrimiendo en su mano derecha una automática. Se detuvo resoplando como una locomotora al enfrentarse con la escena.

—¡No, teniente! —gritó—. ¡Usted no puede hacer eso! ¡Jimmy es inocente! ¡Él no mató a Hubert! ¡Se lo juro!... ¡Lo necesito para un caso urgente!... ¡El caso del siglo!...

Herman se rascó la barbilla mientras asentía con la cabeza.

—¿Otro homicidio?... ¿Sería pedirles demasiado que permitieran a la Brigada intervenir en el asunto?

—No, teniente. No se trata de ningún homicidio.

—De acuerdo, Baxter. Si es así, caso sobreseído. Su empleado queda libre de la acusación.

George quedó asombrado, mirando alternativamente a Herman y Jimmy. Luego, pareció darse cuenta de que en la habitación había unos cuantos cadáveres y al estremecerse se le cayó la pistola de la mano.

—¡Dios mío!... ¿Están todos muertos?

El policía novato pareció contestar a la pregunta.

—¡Teniente, la mujer vive!... Ha recibido una herida en el muslo y se desmayó. Ya parece volver en sí...

Herman se apresuró a acudir al lugar donde se hallaba tendida Moira Kent.

Jimmy explicó a su jefe y a Ruth los últimos sucesos de su aventura. Cuando hubo terminado la joven le rodeó el cuello con los brazos y le besó en la boca bajo la mirada asombrada del boquiabierto Baxter.

Jimmy sintió que aumentaba su presión, pero puso de su parte cuanto pudo para alargar el beso. Solamente los separó la voz del teniente Herman, quien anunció:

—Moira Kent sólo tiene un pequeño rasguño —hizo una pausa mirando a Jimmy—. Menos mal que después de todo podré presentar un acusado en este condenado caso.

Jimmy se dirigió a Baxter con el ceño fruncido.

—A propósito, jefe, ¿qué hay de ese otro asunto?

Baxter se miró la punta de los zapatos.

—No hay tal caso. Todo fue una invención mía. Sólo pretendía sacarte del atolladero.

El teniente hizo rechinar los dientes al oír tal declaración.

—El día menos pensado le va a costar caro, amigo. No se puede jugar con la policía impunemente.

—Claro que sí —ironizó Jimmy—. Con la policía uno debe portarse como un buen ciudadano.

Ruth se cogió del brazo de Jimmy y dijo con un guiño de malicia en los ojos.

—¿Por qué no le quita la licencia a mi prometido? Le quedaría muy agradecida.

Baxter la miró perplejo:

—¿Prometido?... ¡Por todos los diablos! Sólo le falta eso. No puede hacerme esa jugarreta, señorita Fleming... Aunque Jimmy es un cabezota confieso que no tengo otro empleado como él.

—Pues lo siento por usted, pero soy yo quien se lo lleva.

—Oye, encanto —intervino Jimmy—. Aún no he dado mi consentimiento a esta subasta.

Ruth le pegó una patada en el tobillo y Price tuvo que morderse los labios para no soltar un grito. Seguidamente ella prosiguió:

—Existe una solución, señor Baxter.

—¿Cuál? —se apresuró a preguntar George.

—No me disgustaría tener por marido a un hombre que tuviese participación social en una Agencia de Detectives.

—¿Jimmy socio mío? —saltó Baxter en tono de protesta—. Antes de hacer eso sería capaz de... —dejó la frase sin terminar y poco a poco se fue desinflando.

—¿Capaz de qué, señor Baxter? —preguntó la joven ladeando ligeramente la cabeza.

George miró a Jimmy, luego a la joven y finalmente cerró los ojos y repuso:

—Esto es un atraco, pero no tengo más remedio que dar mi consentimiento.

—Estupendo —exclamó alborozada Ruth y se puso de puntillas besando en la comisura de los labios al asombrado Jimmy.

Entonces, Baxter desfrunció el ceño y con una nueva sonrisa tendió la mano hacia el joven, diciendo:

—Chócala, socio.

Los dos hombres cambiaron un fuerte apretón. El teniente Herman, poniendo los brazos en jarras dijo:

—¿Quieren salir de una vez de este lugar y arreglar sus cuestiones privadas en otro sitio?

Ruth, Jimmy y George abandonaron la cabaña en el instante en que llegaba un coche a la puerta. Sentado al volante viajaba el amnésico Cecil Hubert.

—He oído unos disparos —exclamó, saltando del coche.

Jimmy señaló la entrada de la cabaña con el índice de la mano derecha.

—Eche un vistazo ahí dentro. Quizá le interese.

Cecil Hubert sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta.

Ruth corrió hacia su tío y lo abrazó besándole en la mejilla. Hubert la estrechó contra sí y luego dio unos pasos hacia Jimmy.

—Creo que estoy en deuda con usted, Price. Ha hecho mucho por mí y yo sólo le he traído quebraderos de cabeza.

Jimmy estrechó la mano que el millonario le tendió diciendo:

—Olvídalo, señor Hubert. La verdad es que yo hago una vida muy aburrida y el caso de usted me ha servido de entretenimiento.

—De ninguna manera —Cecil sacó la cartera y de ella extrajo un talón que ya estaba firmado, el cual alargó a Jimmy—. Quizá esto le recompense de algún modo sus servicios.

Jimmy aceptó el cheque de Cecil y éste se acercó curioso a la puerta.

Price leyó para sí la cifra del talón y luego miró al hombre que era su socio.

—¡Dos mil dólares!

—¡No! —exclamó Baxter, y le quitó el cheque, pero después de haber examinado con ojos desorbitados la cifra se derrumbó hacia atrás fulminado.

Tunney salió de la cabaña andando como un sonámbulo. De pronto se detuvo y se llevó las manos a la cara.

—¡Dios Santo!... Eso es un panteón.

El *sheriff* Tunney se sentó en el tronco de un árbol mientras exclamaba:

—¡Dios Santo! Y éste era el lugar más pacífico de todo el estado. ¿Qué van a decir de mí ahora?

Ruth y Jimmy rieron fuerte. Cecil Hubert llegó junto a ellos enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo.

—¡Por todos los diablos! ¿Quieren decirme qué ha pasado?

—Riñeron por usted, pero ya ve... todo ha quedado solucionado.

—¿Qué estamos esperando, Jimmy? —dijo la joven—. Vámonos en ese coche.

Acompañando la acción a las palabras, tiró de la mano de Jimmy, pero de pronto éste se detuvo, se soltó de ella y retrocedió agachándose sobre el desvanecido Baxter y cogiéndole el talón que tenía en las manos, se lo guardó en el bolsillo, diciendo:

—Nos hará falta la mitad para nuestro viaje de bodas. Ya le enviaré su parte por correo.

Inmediatamente corrieron hacia el coche y se sentó ante el volante, pero antes de ponerlo en marcha, Ruth le cogió la cabeza y aplastó su boca contra la de él.

—¿A dónde vamos? —preguntó Jimmy luego.

—Al lugar en que nos casen más deprisa —contestó ella, e inmediatamente, Jimmy Price, feliz y sonriente abrió la llave, de contacto y puso en marcha el automóvil.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

